



#3

Diciembre 2020

Teoría & Cambio social

**Emergencias (I):
Grandes
estructuras
y procesos**

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Teoría social
y realidad
latinoamericana**

 **CLACSO**

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Esteban Torres
José Mauricio Domingues
Guilherme Leite Gonçalves
Sergio Pignuoli Ocampo
Breno Bringel
Thomas Jeffrey Miley
Juan Pablo Gonnet
Alexis Gros
Felipe Torres

Teoría & Cambio Social. Emergencias (I) : grandes estructuras y procesos / Esteban Torres Castaños... [et al.] ; coordinación general de José Mauricio Domingues ; Esteban Torres Castaños.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-722-785-7

1. Sistemas Políticos. 2. Clases Sociales. I. Torres Castaños, Esteban, coord. II. Domingues, José Mauricio, coord.

CDD 303.401



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Gustavo Lema - Director de Comunicación e Información

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora

Cecilia Gofman, Giovanni Daza, Rodolfo Gómez, Teresa Arteaga
y Tomás Bontempo.

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito
que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento
en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier
medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo
del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios
y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y
su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría
Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> |

<www.clacso.org>



Asdi

Este material/producción ha sido financiado por la Agencia
Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi.
La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre
el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones
e interpretaciones expresadas.

Coordinadores:

José Mauricio Domingues

Instituto de Estudios Sociales y Políticos

Universidade do Estado do Rio de Janeiro

Brasil

jmdomingues@iesp.uerj.br

Esteban Torres Castaños

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad Nacional de Córdoba

Argentina

esteban.torres@unc.edu.ar

Contenido

- 5 Introducción**
La recreación teórica de un escenario mundial
[Esteban Torres](#)
[José Mauricio Domingues](#)
- 7 Ciclos políticos y América Latina hoy**
[José Mauricio Domingues](#)
- 13 La nueva estructura de la sociedad mundial**
Clases moleculares, clases orgánicas y estratos de clase
[Esteban Torres](#)
- 23 Metamorfosis del capital y el lugar del rentista**
Primeras consideraciones
[Guilherme Leite Gonçalves](#)
- 33 Sistema político y Estado durante la pandemia**
[Sergio Pignuoli Ocampo](#)
- 39 Cuidar la vida**
Crisis ecosocial y horizontes de futuro
[Breno Bringel](#)
- 43 De la crisis del sujeto al freno de emergencia**
[Thomas Jeffrey Miley](#)
- 53 Dependencia y agencia en América Latina**
[Juan Pablo Gonnet](#)
- 60 ¿Desaceleración de la aceleración?**
Descripción y normatividad de la velocidad social en tiempos de pandemia
[Alexis Gros](#)
[Felipe Torres](#)

Introducción

La recreación teórica de un escenario mundial

Con este texto breve les damos la bienvenida al tercer y cuarto número de *Teoría & Cambio social*, el Boletín del Grupo de Trabajo de CLACSO “Teoría social y realidad latinoamericana”. Este par de números se ordenan a partir de una noción común: la de *emergencias*. Empleamos esta expresión en sus dos acepciones más generalizadas. En primer lugar, entendemos por emergencia un proceso de advenimiento, y más específicamente de advenimiento socio-histórico. En segundo lugar, empleamos la noción de emergencia como equivalente de una idea y de un sentido de urgencia. Estas dos acepciones se combinan y unifican de un modo original en cada uno de los números, abriendo a partir de allí dos campos de registros que atraviesan y componen los diferentes textos.

En el presente boletín (N°3), que lleva por título “*Emergencias (I): grandes estructuras y procesos*”, la dimensión del advenimiento se realiza a partir de reconocer la existencia de un proceso de *mundialización mental* que se viene expandiendo a un ritmo vertiginoso en América Latina con la crisis del Covid-19. Desde la debacle económica global de 2008, pero de un modo más acuciante a partir de la presente coyuntura mundial, se viene instalando un nuevo sentido común mundialista en el conjunto de las sociedades históricas, que está presionando “desde afuera” al campo de las ciencias sociales. Por su parte, la urgencia pasa en este caso por la necesidad de procesamiento sociológico de esta gran transformación mental que se está produciendo a nivel mundial. La exigencia de racionalizar este proceso de mundialización es el nuevo imperativo

de supervivencia que desde principios del siglo XXI viene aguijoneando al conjunto de los métodos, los objetos y las teorías sociales en América Latina. Los diferentes textos que componen este tercer número de *T&CS* logran avanzar en la integración de una perspectiva mundial para analizar los procesos de cambio social en sus diferentes escalas y temporalidades. Algunos de los autores han sido pioneros en la recuperación de un compromiso sociológico mundialista, incluso adelantándose al proceso social mencionado. En cualquier caso, se trata de un marco de observación y de una ambición intelectual que se descompone y prácticamente desaparece en América Latina a partir de la década de 1980, como producto de la devastación sociológica generada por las últimas dictaduras miliares en el continente. Podemos constatar que los ocho autores de este número están demandando, de uno u otro modo, la recreación teórica de un espacio y un tiempo mundial para el conjunto de las corrientes de investigación en el campo de las ciencias sociales.

El/la lector/a que decida adentrarse en este número podrá corroborar que los diferentes textos forman una constelación diversa en su estadio de desarrollo, que abarca desde el esbozo de nuevas teorías de la sociedad mundial al señalamiento de los principales horizontes de expectativas de cambio social mundial que actualmente se están poniendo en juego en la galaxia de las izquierdas.

¡Les recomendamos a todos/as su lectura!

Esteban Torres y José Mauricio Domingues
Coordinadores del Grupo de Trabajo CLACSO
Teoría social y realidad latinoamericana.

Córdoba, Argentina

Rio de Janeiro, Brasil

Diciembre de 2020

Ciclos políticos y América Latina hoy

José Maurício Domingues*

En el debate brasileño y latinoamericano la idea de ciclo político ha tenido un gran desarrollo. Un cambio de dirección se ha hecho presente en los análisis de los años 1990-2000, con la ascensión simultánea en varios países de agrupaciones de izquierda, desplegadas en el marco de un proceso más largo de democratización y, paso seguido, de fuerzas del neoliberalismo. Hoy, de manera general, lo que se caracterizó como aquel “giro a la izquierda” se ha agotado. Lo que se observa ahora sería el inicio de un nuevo ciclo, dominado por la derecha, del cual Macri en la Argentina sería hasta ayer la principal expresión (Svampa, 2006 y 2018). Hace falta observar que los procesos con otra señal muestran que no hay sincronía absoluta entre el conjunto de los países latinoamericanos. Este es el caso de Colombia, con la ascensión de la izquierda y de un centro renovado –aunque sin lograr victoria en las elecciones presidenciales– tras el fin del conflicto armado (eso en principio, de manera no absoluta), que marcó décadas de su historia. Caracteriza también a México, con la elección del ahora bastante moderado López Obrador, sin hablar del caos que se desató sobre Bolivia.

* IESP-Universidad Estadual de Rio de Janeiro, Brasil. Co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO “Teoría social y realidad latinoamericana”.

En cualquier caso, poco se discute lo que caracteriza conceptualmente a un ciclo político. Hay por lo menos tres abordajes de la noción de ciclo que vale la pena mencionar.

Una de ellas es la de ciclo de movimientos sociales y protesta (*cycles of contention*) (McAdam, Tarrow y Tilly, 2001; Tarrow, 2011, cap. 10). Este abordaje muestra como “repertorios” de protesta, “oportunidades” para eso y los actores que se desenvuelven ahí están activos en determinado periodo, pero de a pocos se apagan, siendo tal vez sustituidos por nuevos elementos en nuevos ciclos. Está también la versión de Schlesinger (1986, pp. 27-31), según lo cual habría lugar, en la historia de Estados Unidos, para una alternancia entre demócratas y republicanos, entre visiones más liberales y más conservadoras. Él no aclara, sin embargo, porqué eso suele pasar, señalando solamente contradicciones internas al propio ciclo y vagamente el rol de las nuevas generaciones. Finalmente, está la teoría de los “ciclos de negocio”, de alguna forma inspirada en Michal Kalecki, un economista marxista polaco. Para él la cuestión era hasta qué punto los empresarios aceptan la disminución de sus márgenes de ganancia por la intervención del Estado favorable a las clases trabajadoras, buscando revertirla en algún momento. Una larga y controvertida discusión se desplegó posteriormente, según la cual la política de alguna manera está marcada en sus procesos electorales por el modo en el que los políticos manipulan los presupuestos y las políticas económicas y sociales en su propio interés, calibrando el tiempo de estas intervenciones en la sociedad con el intento de mantenerse en el poder (véase Alesina, Roubini y Cohen, 1997).

Yo mismo, entre otros, he utilizado la idea de ciclos para tratar la historia reciente de Brasil (Domingues, 2015 e 2017 – así como en los textos presentes en Bringel y Domingues, 2018). Uno de estos ciclos se extendería desde la democratización a la actualidad, cuando lo que fue una larga transición –desde mediados de los años 2000 hasta ahora– se concluyó, tras un largo ciclo democratizador, dentro del cual se desarrolló el ciclo gubernamental del Partido de los Trabajadores (PT). La elección de Jair Bolsonaro, con la ascensión de la extrema-derecha, marca el inicio de este nuevo ciclo, que no sabemos cómo se desarrollará y cuánto

durará. Las masivas manifestaciones de 2013 evidenciaron con creces, a quienes quisieron oírlo, que el ciclo anterior se había cerrado. Muchos no quisieran comprenderlo. De este modo perdieron la capacidad de iniciativa, arrastrándose con dificultad en el periodo de transición. Qué les pasará de hoy en más va a depender de su capacidad para adaptarse a un mundo nuevo.

Se puede decir que un ciclo político se caracteriza por la articulación de tres elementos: 1) instituciones, en su funcionamiento concreto, más allá de la letra de la ley simplemente, siendo en gran medida informales e incluso ocultas (como en el caso de la corrupción); 2) una agenda que se mantiene firme en la esfera pública y a la cual los actores dominantes necesitan responder, pues resuena fuertemente en la sociedad (por ejemplo, miseria y hambre, corrupción, etc.); 3) individuos y colectividades, o más coloquialmente “actores”, que emergen al inicio del ciclo y se mantienen en él, pudiendo ser sustituidos por otros, que sin embargo dan continuidad a los compromisos y comportamientos de aquellos a lo largo del despliegue del ciclo. Una vez superado un ciclo, las cosas cambian más o menos radicalmente, así como la duración de cada ciclo puede variar, siendo más o menos larga de hecho, de modo que sea posible caracterizarlos como tales.

Cuando cambia el ciclo, por lo tanto, las instituciones –en su funcionamiento concreto al menos– se alteran, sin que necesariamente sean parcial o totalmente sustituidas. Las constituciones, por ejemplo, son documentos vivos, más allá de lo que ellas expresan de manera explícita. Su interpretación la hacen siempre los actores políticos y jurídicos, desde algún tipo de hermenéutica concreta. Una agenda incluye elementos fundamentales, los cuales son interpretados por diferentes actores de modo diferente, con énfasis distintos y mezclándolos con otros elementos. Los actores tienen, obviamente, un tiempo de vida limitado, en particular en lo que se refiere a su durabilidad política, que puede ser longeva. Algún día, de todos modos, muchas veces antes que la vida biológica, la vida política y la capacidad de influenciar la coyuntura, terminan de forma más o menos gloriosa, más o menos deprimente. Algunos simplemente desaparecen de nuevo en el mundo privado o asumen

papeles más modestos en la vida pública. Eso se refiere a los individuos en particular, aunque fenómenos semejantes ocurren con las “subjetividades colectivas”, es decir, con organizaciones como partidos, asociaciones, sindicatos, etc., que pueden atravesar varios ciclos políticos, por momentos desapareciendo o declinando rápidamente, mientras otros emergen a medida que los ciclos se suceden. Lo que en ciertos análisis se llama “correlación de fuerzas” resulta decisivo entre estos “actores”. Hay que notar que fenómenos de cariz “material” (tecnologías, por ejemplo) e “imaginario” (valores en particular) ofrecen una especie de soporte más general a estos tres elementos y sus alteraciones al largo de los cambios de ciclo y sus despliegues.

Estos son elementos analíticos. Sirven para un análisis de largo plazo, frecuentemente sociológico o sociologizante, de sociología histórica, en que el cambio social cobra primacía, con las narrativas teniendo tanta importancia como aquel análisis más centrados en las instituciones, las relaciones y las creencias o conceptos de los actores de la vida política de una época (Barrington Moore Jr. y Theda Skocpol se destacan aquí, así como Charles Tilly). También se aplican estos elementos al análisis de la coyuntura. En éste último se destacó Lenin (1961). “Cartas desde lejos”, “Tesis de abril” y “Consejos de un ausente”, todos de 1917, son textos decisivos en este sentido. Él nos dejó un legado que, curiosamente, solamente cultivan los partidos leninistas –o aquellos influenciados más difusamente por esta tradición–. Ello fuera de alguno que otro analista, quién, en verdad, observadas las cosas con más cercanía, comúnmente viene de esta tradición o de organizaciones directa o indirectamente influenciadas por ella. Lenin estaba especialmente atento a los momentos de ruptura –relativa o radical– que el fin de los ciclos anuncia, con vistas a la revolución democrática y entonces socialista. Además, los estudiosos de movimientos y revoluciones suelen estar familiarizados con los textos de Lenin. Obviamente, la intuición ha permitido que muchos sean capaces de pensar la política, prácticamente y en lo que hace a su elaboración científica, sin ser influenciados por esta tradición o estar incluso conscientes de ella.

El objetivo de este breve texto fue ofrecer una visión más sistemática de los ciclos políticos de que aquella que encontramos en las diversas literaturas de las ciencias sociales (quitando las de Tarrow e Tilly, más delimitadas en lo que concierne a los movimientos de protesta). Eso nos puede permitir también para un análisis más sistemático de los procesos sociales, de un modo más científico, pero igualmente sirviendo a los actores políticos que no quieran ser agarrados en posición de desequilibrio cuando ocurre un cambio de ciclo, como los que estuvimos viviendo en los últimos años. La verdad es que a la izquierda latinoamericana –y muchas veces a los sistemas político más amplio de estos países– les cuesta aceptar que hay momentos en que uno debe dejar el palco de la política y abrir espacio para otros liderazgos. El personalismo entre nosotros es demasiado fuerte. Eso significa que muchos actores dejan la escena con retraso, ya heridos en su prestigio y capacidad de influenciar el despliegue de nuevos ciclos. Los últimos años, desgraciadamente, lo demuestran de un modo abundante.

De todos modos, así como era una exageración hablar de un ciclo político totalmente dominado por la izquierda en los 2000, una vez que en muchos países eso simplemente no se verificó, hoy sería falso hablar de un ciclo dominado por la derecha. De hecho, en países como Chile lo opuesto tiene lugar, con movimientos masivos de democratización y un giro renovado a la izquierda, mientras un movimiento a la centro-izquierda de hecho menos peronista (o kirchnerista) se realizó al menos parcialmente en Argentina, y en Bolivia, sin Morales, el MAS volvió al poder. En otros países la derecha o la centro-derecha ganó prominencia, como en Brasil y Uruguay, en el primero con serios riesgos para la democracia, mientras que en otros, como en Ecuador y Colombia, surgió una situación matizada o incluso confusa. En otros nada parece cambiar, como es el caso de Perú y tal vez, en su desastre, Venezuela. México, por su parte, retrasadamente, intenta un movimiento que en el sur del continente ocurrió hace casi 20 años. De todos modos, de a poco nuevos actores surgen, cambian las agendas y hay modulaciones en las instituciones, que sin embargo no cambiaron mucho en estos últimos años. Somos más contemporáneos hoy del resto del mundo, una vez que el ciclo anterior, si bien trajo varias novedades (Domingues, [2008] 2009),

se vinculó a una izquierda largamente anacrónica (en realidad, más centro-izquierda, pese a una retórica por veces excesiva y leninismos fuera de época), que no resistió muy bien a sus propios éxitos. Se trata de todos modos de un proceso en curso. En su centro seguramente volverá a estar la cuestión democrática, que desde el 2013 pone en jaque el carácter altamente oligárquico de sus sistemas políticos (inclusivo en lo que hace a la izquierda). Pero otros temas, como lo que se refiere a la naturaleza –al cuál respuestas simpáticas, pero acotadas, como el *Su-mak Kawsay* no pudieron adecuada y generalizadamente responder– y nuevas demandas de desarrollo y de derechos estarán seguramente en la nueva agenda que de a poco se va dibujando.

REFERENCIAS

- Alesina, Alberto, Roubini, Nouriel y Cohen, Gerald D. (1997) *Political Cycles and the Macroeconomy* (Cambridge, MA: MIT Press).
- Domingues José Maurício ([2008] 2009) *La modernidad contemporánea en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI y CLACSO).
- Bringel, Breno y Domingues, José Maurício (2018) *Brasil. Cambio de era. Crisis, protestas y ciclos políticos* (Madrid: Catarata).
- Domingues, José Maurício (2015) *O Brasil entre o presente e o futuro. Conjuntura interna e inserção internacional* (Rio de Janeiro: Mauad, 2ª edición).
- Domingues, José Maurício (2017) *Esquerda. Crise e futuro* (Rio de Janeiro: Mauad).
- Lenin, Vladimir I. (1961) *Obras escogidas*, Tomo 2 (Moscú: Progreso).
- McAdam, Doug, Tarrow, Sidney y Tilly, Charles (2001) *Dynamics of Contention* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Schlesinger Jr, Arthur M. (1986) *The Cycles of American History* (Boston: Houghton Mifflin).
- Svampa, Maristella (2006) *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Svampa, Maristella (2017) *Del cambio de época al fin de ciclo. Gobiernos progresistas, extractivismo, y movimientos sociales en América Latina* (Buenos Aires: Edhasa).

La nueva estructura de la sociedad mundial

Clases moleculares, clases orgánicas y estratos de clase^{1,2}

Esteban Torres*

Para poder explicar los procesos de cambio social actualmente en curso en América Latina se hace necesario prestar atención a la evolución histórica de un juego de apropiación social crecientemente mundializado. Es la dinámica de este juego la que está produciendo a la sociedad mundial actual³. El juego de apropiación mundial se define en nuestra región

* Universidad Nacional de Córdoba-CONICET, Argentina. Co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO “Teoría social y realidad latinoamericana”.

¹ Extracto brevísimo y modificado del texto de mi autoría “Las nuevas explosiones sociales en América Latina: aproximación al juego de apropiación mundial”, en: Torres, Esteban; Goncalves, Guilherme (2021). *Hacia una nueva sociología del capitalismo: un diálogo con Alemania*. Jena-Buenos Aires: Freidrich Schiller Universität Jena-CLACSO. [En prensa]

² Este texto se ha beneficiado de la lectura atenta y de los comentarios críticos de Carina Borrastero y Mariana Heredia. Las deficiencias que aún subsisten son de mi exclusiva responsabilidad.

³ La perspectiva sociológica que vengo desarrollando se inscribe en el marco de los nuevos esfuerzos mundialistas en las ciencias sociales. En la actualidad son muy pocos los científicos sociales que analizan los procesos de mundialización a partir de un principio multidimensional centrado en una teoría socio-económica

a partir de una dialéctica entre olas de integración desde arriba, olas de independencias y olas de integración desde abajo (Torres, 2020b). Ahora bien, el aspecto principal que me interesa resaltar aquí es que la mundialización mencionada del juego de apropiación, que trae aparejada la acentuación de los procesos de interdependencia mundial, viene conformando una novedosa *estructura mundial de clases*. Esta estructura mundial de clases es la estructura del sistema de apropiación capitalista de la sociedad mundial⁴. El sistema de apropiación capitalista, a su vez, constituye la dimensión material del juego de apropiación mundial. Esta novedosa estructura de clases es un equivalente de la estructura económica mundial y no de la estructura social mundial como un todo. Las clases sociales en cuestión tienen poco que ver con las clases sociales de la modernidad industrial europea, conceptualizadas de modo paradigmático por Marx y Weber, y que se propalan a partir del siglo XVIII (Hobsbawm, 2015). Desde la década del 1980 las visiones modernas e industrialistas de las clases sociales entraron en crisis en las sociedades europeas y luego, dos décadas más adelante, en esas mismas esferas nacionales, quedaron por completo obsoletas. Y así como las visiones modernas de las clases sociales quedaron obsoletas para aproximarse al devenir de las sociedades nacionales europeas, posiblemente nunca fueron adecuadas para dar cuenta de la dinámica de las sociedades históricas en las periferias de la sociedad mundial.

Si la estructura de clases marxiana se definía a partir de una relación de antagonismo simplificada entre clases capitalistas y clases trabajadoras (Marx, 1848; 1867), la estructura de clases de la sociedad mundial actual se define en primera instancia a partir de una dialéctica entre *clases moleculares* y *clases orgánicas*. Si lo que se ponía en juego en la primera

y que atiende a la especificidad de América Latina (Calderón y Castells, 2019; Castells, 2019; Garcia Linera, 2018; Wallerstein, 2006; Robinson, 2008). Las visiones de estos autores se ven reforzadas por otras pocas perspectivas que se ocupan de un modo novedoso del avance de los procesos de globalización a partir del principio indicado, pero asumiendo un mayor sesgo noratlántico (Milanovic, 2016 y 2019; Streeck, 2013; Dörre, 2020). No inscribo este grupo de autores en una corriente porque no llegan a constituir hoy una fuerza colectiva con un programa común en el sistema académico.

⁴ Los restantes sistemas de apropiación de la sociedad mundial que distingo provisoriamente son el sistema inter-estatal, el sistema inter-medial, el sistema inter-natural y el sistema inter-patriarcal.

era la propiedad de los medios de producción, lo que determina la constitución de la segunda es en primera instancia los ingresos económicos. La *clase molecular* se puede definir como un modo de dependencia y de despliegue económico del individuo, asociado en primera instancia a su estructura de ingresos. El sujeto de la clase molecular es el individuo y no el grupo. Al menos desde fines del siglo XX, cada esfera nacional de la sociedad mundial se conforma a partir de una estructura de clases moleculares. En dicha fisonomía es posible distinguir la existencia de cinco tipos de clases: la clase dependiente del beneficio (CDB), la clase dependiente del trabajo (CDT), la clase dependiente de la asistencia (CDA) y la clase dependiente del delito (CDD) (Torres, 2020a). Lo que define en cada momento la pertenencia de un individuo a una determinada clase molecular es su fuente principal de ingresos⁵. Si su fuente principal de ingresos cambia, el individuo se “reclasifica”.

A su vez, cada individuo, sin excepción, no solo pertenece en un momento dado a una determinada clase molecular sino también a un determinado *estrato* de dicha clase. El *estrato de clase* de un individuo se define a partir de una posición económica asociada a un volumen de ingresos. A partir del siglo XXI es posible identificar la existencia de cinco estratos de clases en las esferas nacionales de la sociedad mundial. De arriba hacia abajo, los denomino estratos de clases superior, alto, medio, bajo e inferior. La existencia de cada estrato depende de los niveles de miseria, de desigualdad y de concentración económica de cada esfera nacional. El primero, como señalaba, no está presente en algunas de las formaciones sociales periféricas y el último no se detecta en la mayoría de las formaciones nacionales céntricas. El individuo que pertenece al estrato superior de clase forma parte de la *supra-élite*. Es el universo creciente y escandaloso de los mil millones. Mientras que aquel que pertenece al estrato alto forma parte de una *infra-élite*. Este par de estratos de clase cimeros conforman el *campo elitista*, pese a que la brecha que separa uno y otro estrato de elite es pronunciada y se amplía cada

⁵ A modo de ejemplo, en el caso del Director ejecutivo de una empresa (CEO) que es a la vez empleado y accionista, pero que percibe más ingresos por las acciones que posee que por su salario, entonces, mientras tal ecuación permanezca inalterada, dicho individuo forma parte de la clase dependiente del beneficio (CDB).

día. En el nivel inmediatamente inferior se sitúan los individuos que pertenecen al estrato medio y que conforman lo que llamo las “masas diferenciadas” o “pueblo diferenciado”. Por su parte, los individuos que conforman los estratos bajo e inferior de clases forman parte de las “masas indiferenciadas” o del “pueblo indiferenciado”, pese a todo el brillo y el color que pueden acompañar sus manifestaciones de singularidad. Los individuos que se reparten entre los estratos medio, bajo e inferior conforman el *campo popular* o el campo de masas. Es posible observar que los individuos que conforman el estrato inferior o sumergido se encuentran en una situación de incertidumbre persistente y aguda respecto a las posibilidades de garantizar un consumo de supervivencia. Subsisten al límite de la desaparición física. Por su parte, los individuos situados en el estrato bajo son aquellos que las estadísticas oficiales identifican como pobres. Ellos conforman el océano de la pobreza reconocida y medida institucionalmente. Finalmente, el estrato inferior está habitado por aquellos individuos que recrean el mundo sórdido de la extrema pobreza o de la indigencia. Al igual que sucede con la pobreza, la indigencia es principalmente aquella que las diferentes instituciones de medición designan como tal.

De este modo, a diferencia de las visiones modernas que conocemos, una clase no es un indicador de estratificación, pero a la vez toda clase se encuentra estratificada y todo estrato es estrato de clases. Una clase molecular puede realizarse en más de un estrato y un estrato puede reunir a más de una clase. Al menos potencialmente, según lo vengo observando en mis estudios preliminares, las CDD se realiza en los cinco estratos, la CDB se reproduce principalmente en los estratos superior, alto y medio, la CDT se reproduce en los estratos alto, medio y bajo, y la CDA se desenvuelve en el estrato inferior de la estructura económica de cada sociedad nacional. De este modo, la estructura estratificada de clases moleculares de cuenta en primera instancia de una desigualdad de ingresos o de una distribución asimétrica de recursos económicos entre clases de individuos⁶. Denomino *clases de individuo* a la pertenencia de

⁶ En líneas generales, las trayectorias de clase de la mayoría de los individuos están marcadas por un proceso de reclasificación continua, así como por una creciente y limitada re-estratificación.

todo individuo simultáneamente a una clase molecular y a un estrato de dicha clase. Dicho en otros términos, todo individuo de la sociedad mundial es individuo-clase. La estratificación de clase del individuo permite distinguir si éste lleva adelante prácticas de macro, de meso o de micro apropiación económica. En términos generales, los individuos que se sitúan en los estratos superior y alto se desempeñan en el juego social de poder como actores dotados de una fuerza de macro-apropiación económica. A modo de ejemplo, para la CDB es posible observar que los individuos situados en los estratos superior y alto obtienen macro-beneficios, destinados mayoritariamente a la acumulación, aquellos que se sitúan en el estrato medio obtienen beneficios ordinarios, destinados mayormente a la reproducción, y finalmente todos los individuos que se sitúan en el estrato inferior obtienen micro-beneficios, orientados a la supervivencia. A su vez, es posible distinguir dos escalas de macro-beneficios. Mientras que las supra-élites dependientes del beneficio obtienen *giga*-beneficios, los individuos pertenecientes a la infra-élite (equivalentes por su poder a las élites nacionales del siglo XX), cosechan *mega*-beneficios. Por su parte, los individuos pertenecientes a la clase dependiente del trabajo (CDT), según sea el volumen de recursos económicos que obtiene, recibe mega-ingresos, ingresos medios o micro-ingresos. Aquí se incluye a los ingresos provenientes de salarios y a otras modalidades informales.

De este modo, si las relaciones de clases moleculares definen los modos de estructuración y de interacción entre clases de individuos en el juego de apropiación nacional, las relaciones de clases orgánicas atienden a los modos de estructuración y de interacción entre *clases de países y de regiones* en el juego de apropiación global. La clase orgánica en singular equivale a una estructura nacional y/o regional de clases moleculares. Tiende a procesar en nuevos términos la vieja categoría de “sistema de economía política nacional” acuñada Friedrich List, el otro gran teórico alemán del siglo XIX (List, 1841). La clase orgánica es un modo de sujeción y de despliegue económico de un sistema nacional que se define primeramente a partir de su estructura de ingresos. Al tomar conciencia de la existencia de un entramado mundial de clases orgánicas, se hace posible transitar desde una noción singular de sistema económico

capitalista a la idea de sistema inter-capital (Torres, 2020b). En el juego de apropiación mundial interaccionan tres tipos generales de clases orgánicas: i) la clase dependiente del conocimiento (DC=capitalismo informacional); ii) las clase dependiente de la industria (DI=capitalismo industrial) y iii) la clase dependiente de las materias primas (DM=capitalismo agrario). A su vez, es posible reconocer la existencia de dos estratos de clase orgánica que se determinan mutuamente: el céntrico y el periférico⁷. La pertenencia de una sub-región, un país o un continente a uno de dichos estratos da cuenta de su posición económica mundial, la cual depende de la envergadura de su economía. Desde la mundialización del sistema intercapital en el siglo XIX hasta hoy las clases orgánicas DC y DI se han reproducido en el estrato céntrico, mientras que la clase orgánica DM la ha hecho en el estrato periférico. De este modo, la *clase de países* o de regiones se define a partir de su doble pertenencia a una clase orgánica y a un estrato. Un hecho importante para resaltar es que las clases orgánicas definen la materialidad mundial de las clases moleculares. Eso implica que todo individuo, o mejor dicho, todas las *clases de individuos*, se recrean como tales en un sistema céntrico o periférico, lo cual implica una fuente de determinación material adicional, de carácter supra-individual. De este modo, cada clase de individuo en la sociedad mundial se configura a partir de una doble sujeción y de un doble despliegue, molecular y orgánico.

La extensión del proceso de mundialización a partir de la década de 1980 se asocia igualmente a una creciente mundialización de la estructura de clases. Y a partir de entonces las desigualdades de clase dejaron de ser exclusivamente desigualdades entre clases de individuos en la estructura económica de las diferentes sociedades nacionales para atender también, como una cuestión central, a las desigualdades entre clases de países (y de regiones) en la división mundial del trabajo (DMT) (Torres, 2020b; Torres y Borrastero, 2020). En el sistema capitalista de cada esfera social nacional (agrario, industrial, informacional), y luego dentro del sistema inter-capital como un todo, se conforman al menos

⁷ Respecto a la teorización más avanzada sobre la cuestión periférica de la sociedad mundial, con mayor potencial de actualización, destacan Prebisch, 1981, y Cardoso y Faletto, 1973.

cuatro sub-disciplinas económicas, cada una de las cuales se asocia directamente con un tipo de clase molecular: una economía del trabajo, una economía del beneficio, una economía de la asistencia y una economía del delito.

Es imprescindible señalar que desde este nuevo enfoque las clases moleculares y las clases orgánicas no se consideran actores. Contra Marx, Weber, Wright Mills y la práctica totalidad de las teorías modernas de las clases sociales, no hay unidad de acción en la clase (Marx, 1948; 1967; Weber, 1922; 1923; Mills, 1956). Esta nueva visión logra restituir el potencial explicativo a la noción de clase a partir de romper la equivalencia marxiana entre clase y actor. Las clases de individuos y las clases de naciones no son actor sociales. Al menos desde Bourdieu este hecho social se hizo evidente⁸. La persistencia en la consideración de las clases sociales como actores fue uno de los motivos por los cuales las ciencias sociales descentraron o bien descartaron el análisis de clases a partir de la década de 1980. Las clases de individuos *devienen* actores individuales cuando efectivamente actúan, y llegan a *convertirse* en actores colectivos al crear o subsumirse en empresas, estados, sindicatos, movimientos sociales, etc. Es muy importante insistir en este punto: las clases moleculares y orgánicas son clases económicas, no actores sociales con intereses. Conforman la estructura material de los individuos y de los países, y constituyen el marco a partir del cual se hace posible explicar la constitución y el desenvolvimiento de los diferentes actores sociales en su juego de apropiación correspondiente. Este componente material de las sociedades ofrece el marco a partir del cual se puede intentar vislumbrar cómo y por qué los individuos, los grupos y los países actúan de determinado modo y en determinada dirección (Torres, 2020a). De este modo, las clases moleculares y orgánicas no pueden explicar por sí mismas la acción social, pero la acción social de ningún modo se puede explicar sin partir de la consideración de esta estructura mundial. Toda acción individual se encuentra ligada a un estrato de clase, más allá de la voluntad de los individuos. Los actores de cada estrato de clases tienen intereses, pero no así las propias clases.

⁸ Ver en particular Bourdieu, 1987 y 1999.

La decisión de transitar desde una visión moderna e industrialista de las clases sociales a una visión mundialista se apoya en un doble imperativo de la realidad social: el primero de ellos es que el mundo de la gran industria capitalista, que se encargó de producir las clases sociales marxianas y weberianas, no se corresponde con el movimiento de masas que recrean los capitalismo agrarios y semi-industriales que proliferaron hasta hoy en la gran mayoría de los países de América Latina. Y el segundo es que estamos experimentando a nivel mundial, con mayor énfasis en las esferas sociales periféricas, la transición desde una sociedad de la producción capitalista a una sociedad del consumo capitalista tardío. Ello no implica asumir el supuesto del fin del trabajo, en la clásica visión de Rifkin ni en cualquier otra (Rifkin, 1995), pero sí reconocer como un hecho consumado el traslado del *locus* del sistema económico al universo de los ingresos desiguales y del consumo estratificado⁹. Todos los capitalismo de la sociedad mundial que interaccionan entre sí, el informacional, el industrial y el agrario, se están conformando en primera instancia como sociedades de consumo, y más exactamente, como sociedades cuyas dinámicas nucleares de integración y de reconocimiento social se basan en las variadas prácticas de consumo capitalista, así como en las expectativas de un consumo de realización individual y social. En este texto les ofrecí una presentación preliminar, descriptiva, parcial, hiper-sintética, esquemática y abstracta de la teoría de la sociedad mundial que vengo desarrollando. No hay espacio disponible para fundamentar cada opción teórica.

BIBLIOGRAFÍA

Bourdieu, Pierre (1987). "What makes a social class?: on the theoretical and practical existence of groups", *Berkley Journal of Sociology*, 32: 1-17, 1987

⁹ Por el momento distingo tres tipos de consumo de referencia. Desde lo más elemental a lo más sofisticado, éstos son: i) el consumo de supervivencia (alimentación, medicamentos, vivienda, vestimenta), ii) el consumo de bienestar (educación, seguridad, comodidad, descanso, recreación cultural, integración social básica, etc); y iii) el consumo de realización (entretenimiento, esparcimiento, gastos superfluos y suntuosos orientados al reconocimiento y la diferenciación identitaria individual).

- Bourdieu, Pierre (1999). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Calderón, Fernando; Castells, Manuel (2019). *La nueva América Latina*. México: FCE.
- Cardoso, Fernando; Faletto, Enzo (1973). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1977.
- Castells, Manuel (2019). “Explosiones sociales”. *La Vanguardia*, 25 de octubre de 2019. Url: <https://www.lavanguardia.com/opinion/20191025/471186542407/explosiones-sociales.html>
- Dörre, Klaus (2020). “La pandemia del Coronavirus: Una catástrofe global explosiva”. *Astrolabio. Nueva Época*, N°25, 2020, p.119-145.
- García Linera, Álvaro (2018). “América Latina: herencias y desafíos”. Conferencia dictada en la Universidad Nacional de Villa María (UNVM), Córdoba, Argentina, el 15 de marzo de 2018. Url: https://m.facebook.com/story.php?story_fbid=1838681463096686&id=1556452581319577
- List, Friedrich (1841). *Sistema de economía política nacional*. México, FCE: 1979.
- Hobsbawm, Eric (2015). *La era de la revolución (1789-1848), la era del capital (1848-1875), la era del imperio (1875-1914)*. Buenos Aires: Crítica.
- Marx, Karl; Engels, Friedrich (1848). *El manifiesto comunista*. Madrid: FCE, 2007
- Marx, Karl (1867). *El capital. Tomo I*. Madrid: Siglo XXI, 1975.
- Milanovic, Branko (2016). *Global Inequality. A New Approach for the Age of Globalization*. USA: Harvard University Press.
- Milanovic, Branko (2019). *Capitalism, Alone: The Future of the System That Rules the World*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Mills, Charles Wright (1956). *La élite del poder*. México: FCE, 1963.
- Prebisch, Raúl (1981). *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*. México: FCE.
- Rifkin, Jeremy (1995). *The End of Work: The Decline of the Global Labor Force and the Dawn of the Post-Market Era*. New York: Putnam Publishing Group
- Streeck, Wolfgang (2013). *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Buenos Aires: Katz, 2016
- Torres, Esteban (2020a). “El sistema inter-capital: hacia una mundialización ampliada de la economía capitalista”. *Encuentros. Revista de Ciencias Sociales*, Vol.18, Enero-Julio 2020, pp.12-23.
- Torres, Esteban (2020b). “Hacia una nueva teoría del cambio social en América Latina: esquemas y elementos preliminares”.

En: Torres, Esteban (ed). *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO, pp.23-56. ISBN 978-987-722-596-9

Torres, Esteban; Borrastero, Carina (2020). "Capitalism and the State in Latin América: Concentration of Power, Social Inequality and Environmental Depletion". En: Bada, Xóchitl; Ribera Sanchez, Liliana; (eds). *The Oxford Handbook of The Sociology of Latin American*. New York: Oxford University Press, 2020, p1-17.

Robinson, Williams (2008). *Latin America and Global Capitalism. A Critical Globalization Perspective*. Baltimore: The John Hopkins University Press.

Wallerstein, Immanuel (2006). *European universalism. The rethoric of power*. New York: The New Press.

Weber, Max (1922). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. España: FCE, 2002;

Weber, Max (1923). *Historia económica general*. México: FCE, 2001

Metamorfosis del capital y el lugar del rentista

Primeras consideraciones¹

Guilherme Leite Gonçalves*

En el último (y abruptamente interrumpido) capítulo del Vol. III de *El Capital*, Marx (MEW 25: 892-893) comprende que las tres grandes clases de la sociedad moderna –trabajador asalariado, capitalistas y terratenientes– son el resultado de la presión permanente, interna al propio desarrollo del capitalismo, por separar a los productores directos de los medios de producción, permitiendo que la propiedad de los últimos se concentre cada vez más. Esta presión se materializa en la violenta expropiación de grandes masas humanas, que se ven obligadas a vender su fuerza de trabajo, mientras que los recursos necesarios para su supervivencia se convierten gradualmente en capital. La aparición de la propiedad exclusiva del suelo en mano de otros (pocos) individuos es, a su vez, el efecto colateral de este proceso.

* Profesor de Sociología del Derecho de la Universidade do Estado do Rio de Janeiro (UERJ); Pesquisador-becario del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq). Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO “Teoría social y realidad latinoamericana”.

¹ Traducción al español: Marcela Godoy.

Si el salario, la ganancia y la renta son categorías por las que se distinguen los propietarios de la mera fuerza del trabajo, del capital y de la tierra, la contradicción entre ellos presupone un acto de expropiación. Cuando se está frente a un saqueo forzoso de los medios de subsistencia, los expropiados se ven compelidos a luchar por su conservación física, los expropiadores a valorizar su capital, y los rentistas a hacer valer su derecho a extraer rendimientos de su propiedad. (MEW: 893). A medida que se desarrollan estas relaciones necesarias, también se refuerzan los antagonismos. Deviene así un recrudecimiento de la oposición formal y material entre las clases. ¿En qué consisten ambas oposiciones?

Para dar respuesta a la pregunta anterior, es necesario, en primera medida, comprender las determinaciones más generales del modo de producción capitalista, especialmente en relación a lo que Marx (MEW: 451 ss.) llamó proceso de socialización del capital, que se realiza con la reproducción del sistema de crédito. Enseguida, será pertinente establecer las mediaciones que se producen entre tales determinaciones y las condiciones históricas particulares de las clases sociales. Comencemos con el primer aspecto.

Desdoblamiento de las formas del capital

La reproducción del sistema de crédito no solo convierte al capital accionario en un mecanismo esencial del capitalismo, sino que también subordina la propiedad privada individual a los fondos de acciones y de títulos (Prado 2018: 80). Esa reproducción consiste en la multiplicación del capital en diferentes formas concretas más desarrolladas, cuyo motor se encuentra en la expansión del capital portador de intereses. Con él, todo rendimiento aparece como interés de algún crédito. Se trata de un mecanismo de capitalización que permite al capital autogenerarse. En cuanto forma, presiona por constituirse como un autómatas que se valoriza a sí mismo (MEW: 836).

Esta pretendida autonomía se manifiesta en la creación de una red de negocios y emprendimientos financieros que buscan eximirse de sus

fundamentos, esto es, quedar inmunizadas de las relaciones con el capital productivo y con la generación de plusvalía. En ese sentido, las formas monetario-financieras establecen un mercado de acciones, que, transformadas en mercancías, son comercializadas con amparo en instituciones, reglas y condiciones jurídicas particulares, que avalan y viabilizan la negociación de los derechos de propiedad y de las deudas. La reivindicación de la autonomía, que es denominada por Belluzzo (2013: 108) “hazañas del capital ficticio”, abre espacio a los contextos especulativos.

Las hazañas aludidas están ancladas en expectativas de capitalización y control de riesgo, sobre la variación de los precios de los títulos. Por lo tanto, están sujetas a normas y organizaciones formales especializadas en técnicas de absorción de la incertidumbre (Barreira 2020: 178 ss.). De un lado, las políticas implementadas, sobre todo por los bancos centrales, instituyen un sistema de garantías para el acreedor. De otro lado, acudiendo a métodos de evaluación de riesgo (por ejemplo, al *credit rating agency*) elaboran informaciones y datos cuantificables capaces de proyectar las chances de valorización de las acciones (Sotiropoulos/Milios/Lapatsioras 2013: 14 ss.). Nótese, por tanto, que la apariencia de autonomía del capital, motivada por el deseo de expansión de sus formas financieras, está sostenida en una dimensión temporal. Hablamos de un proceso de presentificación del futuro.

Dado que la valoración ficticia de la riqueza es un fin en sí mismo, ésta tiende a volverse desmedida (MEW 26: 263). De ahí que, contiene en su interior sus propias fuerzas destructivas, dado su potencial de generar sobreproducción de crédito y sobrevaloración de acciones. En el momento actual, está conduciendo a la economía capitalista a una crisis de sobreacumulación (Belluzzo 2013: 109). Pensemos, por ejemplo, en la formación de las burbujas especulativas como la que estalló en 2008 con el colapso de las hipotecas *subprimes* o la abrupta caída de las bolsas de valores al inicio de la pandemia Covid-19. Tales crisis provocan, violentamente “la reunión de lo que no debería estar separado”, apunta Belluzzo (2013:109). A saber: expresan la desvalorización de las acciones y, por lo tanto, de los derechos a la apropiación de las rentas futuras, mostrando

que, en esencia, son “mercancías no vendidas o sin valor” o, si se prefiere, “capacidad productiva excedente” (Belluzzo 2013: 109).

A partir de esto, es posible redefinir el significado de la propiedad de un título de un emprendimiento económico, como un derecho de apropiación del valor excedente, resultado de lo que irá a ser producido. En otros términos, es el derecho a la anticipación de la apropiación de la plusvalía futura. Las burbujas especulativas son, en consecuencia, como sostiene Marx (MEW: 486), reivindicaciones y derechos sobreacumulados sobre la producción. Esto pone en evidencia que, por más de que los capitales portadores de intereses y ficticios se presentan como una esfera autónoma, en su materialidad ellos y el capital productivo son momentos (futuro presente y presente, respectivamente) del movimiento de expansión permanente de la acumulación capitalista. En esencia, son desdoblamientos de las formas fundamentales del capital, impulsados por la obligación continua a la valorización.

Abstracciones reales y las fracciones de la clase capitalista

Esta dinámica que se produce entre la “economía real” y la monetario-financiera constituye un tema controvertido para la economía política marxista. Así, entre las críticas más comunes, está la que considera que gran parte de los autores marxistas al no tener en cuenta las relaciones de identidad, no pasan de ser más que repetidores del diagnóstico keynesiano sobre la financiarización, por ellos concebida como una imposición externa del capital financiero sobre la revalorización productiva directa (Milios/Sotiropoulos 2009: 169). Esas críticas son, sin embargo, solo parcialmente adecuadas. Las lecturas marxistas (supuestamente) basadas en Keynes captan la forma en que aparece la realidad objetiva del capital: como acumulación de la riqueza abstracta, un proceso de abstracción real que transforma el dinero en las formas del crédito y de las finanzas.² En este plano aparental, existe una tendencia a la exterior-

² La principal referencia de la lectura marxista designada de inspiración keynesiana es Chesnais 2016.

rización. No obstante, tal tendencia solo existe porque la acumulación de derechos sobre las rentas futuras reivindica una mayor participación en la producción de la riqueza total, en los procesos de creación de valor y en la apropiación de una porción creciente de las ganancias extraídas de la producción. Aquello que aparentemente presiona por la no-identidad de la dinámica monetario-financiera entrelaza en la instancia material con el capital productivo, porque también depende de las determinaciones fundamentales del capital: apropiación del tiempo de trabajo ajeno. Si, de un lado, el capital productivo, y del otro, los capitales portadores de intereses y ficticios, parecen negarse mutuamente por la propensión a la especulación, en esencia se identifican y se ubican en oposición a la fuerza del trabajo por ellos utilizada, y sólo parcialmente remunerada.

Ahora bien, que el argumento de (supuesta) inspiración keynesiana traído por autores marxistas llame la atención acerca de las relaciones aparentes, no puede significar para la (re) lectura crítica marxista que éstas relaciones no existan. Son abstracciones reales que en todo caso operan como formas más avanzadas y más socializadas de generación de valor. Ciertamente presuponen un vínculo material (ignorado por el keynesianismo) con la valorización y la apropiación creciente de la plusvalía. Explorar este desdoblamiento no excluye, sin embargo, reconocer que las abstracciones reales son constitutivas de la sociedad, y que se expresan en procesos objetivos de clases y fracciones de clases, las que, al vivir en determinadas condiciones económicas, confrontan su forma de vida, sus intereses y formación con la de otros grupos sociales. No tomar en serio el concepto marxiano de totalidad pensada como la permanente recomposición de la relación contradictoria entre esencia y apariencia, puesto y presupuesto, es la consecuencia de que tales abstracciones no sean incluidas como objeto sociológico.

En la historia del pensamiento económico marxista, el concepto de capital financiero, desarrollado por Hilferding (1955), Lenin (1971[1917]) y Bujarin (1974[1914]), puede ser un ejemplo analítico de que es posible establecer las mediaciones entre el desenvolvimiento general del capitalismo con las particularidades históricas, a saber, para tales autores los cambios económicos que tuvieron lugar entre el siglo XIX y el XX.

Según Lupatini (2017: 26ss.), este concepto se localiza en un nivel más concreto que el de la presentación del desdoblamiento de las formas del capital y describe la contradicción entre las esferas de producción y de circulación a partir de la centralización de los emprendimientos económicos en grandes conglomerados. Con esto, el concepto capta un momento importante de la competencia y lucha por la hegemonía entre los capitales, mostrando las fracturas y oposiciones existentes entre fracciones capitalistas en el ámbito de las abstracciones reales ya mencionadas donde las formas financieras están cada vez más potenciadas. Las formulaciones y el marco metodológico en torno al concepto de capital financiero (su relación con la dimensión histórico-particular) se muestra, así, fundamental para entender los efectos sociales que envuelven las respectivas abstracciones.³

Frente a la tendencia a la concentración y centralización de capitales, los capitalistas industriales, vienen subordinando cada vez más sus decisiones a las políticas de los grupos de inversión asociados a fondos y consorcios. Distanciados de las actividades productivas, tales grupos esperan cómodamente sus ganancias, capturando parte de la plusvalía generada en la “economía real”. Delegan la explotación del trabajo asalariado a terceros sin renunciar a la producción de excedentes que serán apropiados en forma de renta. La expansión de las formas monetarias libera a los capitalistas de los inconvenientes de la acumulación productiva: extraer *directamente* valor excedente de la fuerza viva. Pero, al mismo tiempo, debido a los consorcios de capitales en competencia, necesitan ampliar las dinámicas de extracción para remunerar tamaño cantidad de capitales concentrados. Si hay algo nuevo en el proceso de financiarización contemporáneo, es el ritmo y la escala de expropiación y extracción de plusvalía. Aun así, sin importar cuán distante esté de los capitalistas, la fuerza a ser expropiada permanece viva y puede rebelarse. Ese riesgo, sumado al ritmo y escala de expropiación referidos, puede explicar los niveles de violencia política con tendencias fascistas presentes en la actualidad.

³ En sentido contrario, ver Vieira 2020: 142-150.

Sociología del rentismo de Bujarin

El distanciamiento y la violencia son constitutivos al modo de vida, interés y formación de las fracciones de clase que, parafraseando a Harvey (2007: 33), *rodean el santuario interno del crédito*. Entre los clásicos, Bujarin ofreció una caracterización sociológica de esas fracciones.⁴ En primer lugar, muestra que la evolución capitalista condujo a una rápida acumulación, y como resultado del desarrollo de diferentes formas de crédito, la plusvalía acumulada es apropiada por un sector de la burguesía que no tiene relación *directa* con la actividad productiva: los rentistas. Bujarin (1974 [1914]: 29-30) también revela que, aunque esta fracción está en constante expansión a partir de la creciente influencia de la bolsa de valores, evita los riesgos propios de las operaciones financieras y, en nombre de obtener rentas seguras, busca especular con fondos públicos. De este modo, los rentistas se vuelven, doblemente parasitarios: de la actividad productiva y del Estado. Esta cuestión pone al descubierto la dependencia de este sector de los bancos centrales, durante las crisis o fuera de ellas.

La participación de los rentistas en la vida económica se aboca a la esfera del consumo. Sobre todo, su sentido de satisfacción está asociado a productos de lujo, obturándose cualquier vinculación con la cultura y el conocimiento. Según Bujarin (1974 [1914]: 31), “el rentista consumidor sólo piensa en caballos de carreras, tapices de lujo, aromáticos cigarros, vinos finos”. En ese sentido, su “sociedad de consumo” es antitética a la del proyecto moderno de las humanidades, que buscó el desarrollo de la personalidad a través de una formación intelectual. Del mismo modo, es poco afecto a las ciencias exactas y naturales. Puesto que no convive ni con la producción ni con el trabajo, el rentista tampoco precisa de programas ni planificación alguna (Bujarin: 1974 [1914]: 32). Busca únicamente protección y seguridad ante los riesgos que implican las transacciones en la bolsa de valores. Puede así, en una crisis (como la actual, que acarrea empobrecimiento y destrucción ambiental), eliminar de su

⁴ Este argumento está desarrollado en Gonçalves 2020.

agenda a las ciencias sociales y descartar recomendaciones provenientes de las ciencias naturales. Su preocupación son las apuestas de mercado.

Esta separación del saber humano y de la actividad productiva vuelve al rentista más individualista que el resto de la burguesía. Es un “grosero” de la cuestión social; no conoce ninguna vida social, vive aislado, de ahí su carácter asocial. Su visión de mundo está poco orientada al futuro y a la previsión. Se mueve por el deseo de satisfacer sus intereses inmediatos y aprovechar el momento, teniendo un campo visual anti-histórico y restringido al presente. Despreocupado por la continuidad de la vida social, el rentista sólo experimenta el *carpe diem* (Bujarin: 1974 [1914]: 32-33).

El miedo al cambio, unido al miedo a las protestas, teniendo en cuenta que estas pueden alterar el *status quo* y provocar una merma en sus ingresos, hace del rentista un profundo conservador (Bujarin: 1974 [1914]: 32). Este es contrario a otros valores: de clase, género o raza. Por ello, estimula prácticas higienistas y segregacionistas y al purgar a los grupos oprimidos (especialmente a la población negra), vuelven más homogéneos los ambientes para su consumo exclusivo. Al mismo tiempo, el espacio del *otro*, que corresponde al lugar distante de la producción, se reserva para la creación desenfrenada del sobretrabajo, generando más valor para ser apropiado por la renta.

Para Bujarin (1974 [1914]: 32-33), los tres aspectos que describen la “conciencia social” del rentista son el consumismo, el individualismo y la inmediatez. Esta conciencia comporta la profundización y expansión de la racionalidad estratégica e instrumental. Su miedo al futuro encuentra respaldo en un método “subjetivo-psicológico”, que se manifiesta en la idea de evaluación subjetiva del agente económico para inferir la naturaleza de la satisfacción individual y la maximización de su propio bienestar. Por eso, el rentista no acepta ningún modelo que pueda pensar la economía a largo plazo. De otro modo, debería sustituir el *carpe diem* por la seguridad de la vida, del trabajo y de la producción.

La caracterización de Bujarin permite en el ámbito aparential de las formas monetario-financieras del capital particularizar el horizonte social de una fracción de la burguesía, el rentista, y diferenciarlo de las formas de vida, intereses y formación que caracterizan al capitalista industrial individual. Este análisis, dado que retrata un momento histórico particular (el cambio del siglo XIX al XX), enfatiza en las transformaciones de la clase capitalista que se dan con el advenimiento de la fase monopólica de reproducción del capital. Ahora bien, habiendo pasado un siglo de esto, ¿sigue teniendo validez la hipótesis bujariana? Si, además del desplazamiento formal se incluye también la dimensión material del compromiso de la denominada riqueza “ficticia” con la generación del valor, ¿se podría obtener una descripción diferente de las fracciones capitalistas en el proceso de la financiarización? Dejo ambas preguntas abiertas para una reflexión a futuro.

BIBLIOGRAFIA

Barreira, César Mortari (2020): *Teoria monetária do direito: elementos para uma nova abordagem marxista*. Rio de Janeiro: Tese (Doutorado em Direito), Universidade do Estado do Rio de Janeiro.

Belluzzo, Luiz Gonzaga (2013): *O capital e suas metamorfoses*. São Paulo: Unesp.

Bujarin, Nicolas Ivanovich (1974[1914]): *La economía política del rentista (crítica a la economía marginalista)*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente, n. 57.

Chesnais, François (2016): *Finance capital today: corporations and banks in the lasting global slump*. Leiden/Boston: Brill.

Gonçalves, Guilherme Leite (2020): “De Nikolai Bukharin para Instituto Mises: as falsas premissas de Guedes e Bolsonaro sobre a crise”. *Le Monde Diplomatique Brasil*, disponível em <https://diplomatique.org.br/as-falsas-premissas-de-guedes-e-bolsonaro-sobre-a-crise/> (acessado em 08 de out. 2020)

Harvey, David (2007): *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford/New York: Oxford University Press.

Hilferding, Rudolf (1955): *Das Finanzkapital. Eine Studie über die jüngste Entwicklung des Kapitalismus*. Berlin: Dietz Verlag.

Lenin, Vladímir Ilich (1971[1917]): “Der Imperialismus als höchstes Stadium des Kapitalismus”. *Werke*. Band 22. Berlin: Dietz.

Lupatini, Márcio (2017): “Sobre o ‘capital financeiro’ e algumas interpretações”. Niterói: XII Congresso Brasileiro de História Econômica.

Milios, John and Sotiropoulos, Dimitris (2009): *Rethinking Imperialism: A Study of Capitalist Rule*. Hampshire/New York: Palgrave.

Marx, Karl (1975 [1867]): *Das Kapital: Kritik der politischen Ökonomie*. Band 3. Berlin: Dietz (= MEW 25).

Prado, Eleutério (2018): “O ‘rentismo’ e a léxis de O Capital”. *Revista Outubro* 30: 79-88

Sotiropoulos, Dimitris / Milios, John /Lapat-sioras, Spyros (2013): *A Political Economy of Contemporary Capitalism and its Crisis: Demystifying Finance*. London: Routledge.

Vieira, Rafael (2020): “Crise, capitalismo contemporâneo e covid-19: um comentário (e uma crítica) ao texto de Guilherme Leite Gonçalves”. In: Gonçalves, Guilherme Leite (Org.). *Covid-19, Capitalismo e Crise: bibliografia comentada*. Rio de Janeiro: LEICC/ Revista Direito e Práxis.

Sistema político y Estado durante la pandemia

Sergio Pignuoli Ocampo*

Tras su aparición en China continental hacia finales del 2019, el brote de enfermedad por coronavirus (COVID-19) fue elaborado socialmente como una amenaza y, desde entonces, mostró una dinámica cambiante. Observada desde la perspectiva de la distinción riesgo/peligro, pueden deslindarse en esta dinámica tres fases: una primera fase de oscilación, una segunda fase de shock pandémico y una tercera fase de pandemia de larga duración.¹ Los impactos más contundentes de la pandemia en el mundo social tuvieron lugar en las últimas dos fases. Así, las asimetrías y desigualdades enfrentan un escenario de aceleración, subestimado por el enfoque de la vulnerabilidad, las interacciones se redistribuyen de manera masiva, y las organizaciones y los sistemas de protesta transitan contradicciones insoslayables. Mientras tanto, la sociedad mundial no muestra indicios de cambio estructural o de paso a una sociedad post-funcional hasta el momento, exhibiendo tendencias y signos

* CONICET-Universidad de Buenos Aires, Argentina. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO “Teoría Social y Realidad Latinoamericana.”

¹ En la distinción riesgo/peligro, ambos términos designan el planteo de una amenaza: el peligro la atribuye a sucesos del entorno y el riesgo, a acciones del sistema (Luhmann, 1992). Un análisis de la dinámica social riesgo/peligro del SARS-CoV-2 y de la COVID-19 se encuentra en Pignuoli Ocampo (2020)

disparés en los distintos ámbitos funcionales donde conviven crisis extremas (salud, deportes y economía) y crisis ralentizadas (educación y derecho) con escenarios impasibles (arte y moral) o claramente positivos (*mass media*, ciencia y religión).

Entre los escenarios sociales asociados con la pandemia, el sistema político muestra una dinámica singular. Sus tendencias contienen vaivenes raudos y procesos pendulares sin correspondencias con lo observado en otros ámbitos sociales. Para describirlas, las observamos a través de la aludida distinción de tres fases y alcanzamos estos resultados:

- La fase de oscilación se caracterizó por la existencia de un repertorio vasto y heterogéneo de comunicaciones sobre el nuevo coronavirus (n-CoV-19/SARS-CoV-2). En esta etapa predominó la subestimación del riesgo epidemiológico y la externalización cultural del peligro, y pudo observarse una dispersión fuerte de la comunicación política al respecto, tanto en gobiernos como en oposiciones. En esa diversidad, coexistieron medidas férreas de confinamiento y el más descarnado desinterés por la prevención y gestión anticipada de la crisis sanitaria, sea a escala internacional y regional, sea a escala nacional y sub-nacional.
- La fase de shock pandémico se destacó por el abandono abrupto de la oscilación y la conformación del SARS-CoV-2 y de la COVID-19 como un riesgo de la sociedad mundial, hecho que aconteció una vez que la OMS lo declaró pandemia y el brote llegó a las potencias occidentales. En esta fase, pudo observarse un proceso inédito de centralización política, que se dio de manera simultánea en los gobiernos a cargo de administraciones nacionales. El tipo de decisiones colectivamente vinculantes requeridas por el shock se encuentra en la base del proceso, pues reforzó las instancias políticas capaces de tomarlas y disparó un proceso global, espiralado y acelerado, que hizo epicentro en cada uno de los gobiernos a nivel nacional, e intensificó la dependencia de las instancias gubernamentales sub-nacionales. La centralización del proceso en el gobierno condicionó la política de oposición, ya que introdujo una

distinción entre quienes gobernaban unidades sub-nacionales y quienes no lo hacían. Los primeros enfrentaron esta bifurcación: alinearse con las decisiones nacionales, lo que conducía a escenarios de declamada “unidad nacional”, o proponer alternativas de gestión, lo que planteaba espiralamientos disociados de las decisiones y enfrentamientos por la reducción de daños.

- La fase de pandemia de larga duración se caracterizó por la proyección del brote en el tiempo y por el aflojamiento paulatino de la tensión episódica del shock, pese a que la situación sanitaria empeoró. En esta fase se observa un deterioro acumulativo de la centralización política provocada por el shock y un des-espiralamiento respecto de las decisiones gubernamentales. Esto reordenó el campo de las oposiciones nuevamente. Sea por la vía del relajamiento, sea por la del endurecimiento de las medidas, las oposiciones reiniciaron o profundizaron la diferenciación política respecto de la gestión de crisis encabezada por gobiernos y administraciones de nivel nacional. Un elemento emergente es la aparición en la escena pública de actores políticos, habitualmente marginales y minoritarios, que profundizaron el deterioro interpelando por igual a gobiernos y a oposiciones con representación.

La relación entre dinámica política y Estado, una de las estructuras más complejas del sistema político, fue parte de este proceso vertiginoso y pendulante. Para indagarla, analizamos el papel desempeñado por las capacidades del Estado en estas cambiantes coyunturas valiéndonos de una apreciación sutil de Domingues (2020: 8). Durante largas décadas, soportamos programas políticos y discursos públicos centrados en la reducción de las capacidades institucionales, técnicas, administrativas y políticas del Estado. Tecnócratas monetaristas y militantes progresistas, círculos académicos prestigiosos y medios de comunicación globales creyeron en el éxito de aquellos programas y discursos, y asumieron que la reducción del Estado tenía el rango de *status quo* en nuestros días. La dinámica política de la pandemia falsó todo ese universo de presunciones y expuso ante los ojos del mundo que las capacidades del Estado estaban intactas, no reducidas, y que habían permanecido a la mano de la

acción política de cualquier gobierno todo este tiempo, fuera cual fuera su extracción política, su programa ideológico y su territorio administrado. Dicho esto, se observan en el decurso de la pandemia dos momentos en la relación entre dinámica política y capacidades del Estado:

- Un primer momento, correspondiente con el shock pandémico, caracterizado por una repolitización abrupta de las capacidades del Estado y un uso expansivo y espiralado de ellas durante la centralización decisional del proceso político.
- Un segundo momento, congruente con la fase de la pandemia de larga duración, caracterizado por la despilitización paulatina de las capacidades repolitizadas y por un uso cada vez más restringido y limitado de ellas en la acción gubernamental y política en general.

La pandemia mostró, aquende las semánticas neoliberales de derecha y de izquierda, que las capacidades del Estado permanecían disponibles en tanto que funciones latentes del sistema. Ellas dependen de la dirección política, pero no en su existencia, sino en su implementación, y suponen grados considerables de autonomía respecto de los discursos públicos y los programas de dirección política que las tienen por objeto, sean de gobierno, sean de oposición. Dicho de otro modo: no hay Estados fuertes o Estados débiles, sino acciones políticas fuertes o débiles que seleccionan capacidades del Estado para articularse.

En este punto del análisis se hace ya necesario introducir la observación de los actores políticos, pues, si bien es cierto que ellos mostraron líneas de acción heterogéneas en la sinuosa dinámica de la pandemia, también lo es que esa diversidad se integró con el ciclo político de manera firme -no laxa- y que los actores tendieron a reforzar o a contrapesar las tendencias por vías dispares. Para observar esta integración, atendemos la formación de dos activos políticos durante de la pandemia y también la disputa por sus capitalizaciones respectivas. En el shock pandémico, con el auge de la repolitización de las capacidades del Estado, irrumpió el primero de estos activos: la administración y gestión eficientes de la salud pública y de las NBI. El segundo -y preocupante- activo es el

equilibrio entre relajación y confinamiento y la administración de la tasa de letalidad –y ya no de la frecuencia de contagios. En contraste con el primero, este se forjó bajo el fuego de la despolitización paulatina de las capacidades repolitizadas durante la pandemia de larga duración.

En el shock pandémico, el primer activo articuló actores en torno a las decisiones de los gobiernos nacionales, mientras que en la pandemia de larga duración, el segundo activo los articuló en torno a la acumulación paulatina, pero incesante de malestar y descontento con las medidas de gestión sanitaria, pese a sus resultados positivos. En el caso del primer activo, la centralización decisional actuó de manera centrífuga en función de la repolitización de las capacidades del Estado y permitió que los actores con responsabilidades de gobierno capitalizaran la gestión de crisis sanitaria y de NBI; entre tanto, las oposiciones sin responsabilidades gubernamentales sub-nacionales se dispersaron de manera centrípeta y sus acciones de horadación se abismaron en la ilegitimidad, e incluso en la ilegalidad. En contraste, en el caso del segundo activo, la iniciativa estuvo en manos de las oposiciones sin responsabilidades de gobierno, que se extendió luego a las oposiciones que tenían esas responsabilidades, y que habían visto mermar la capitalización del primer activo, por lo que se volcaron a la capitalización del segundo activo –lentamente al principio y aceleradamente después– hasta alcanzar, finalmente y de manera creciente, a sectores y espacios de los gobiernos nacionales. En virtud de lo expuesto, proponemos entender la dinámica del sistema político durante la pandemia en términos de auge y decadencia de la centralización decisional.

A modo de cierre, tomando como referencia los temas tratados aquí, se entrevé en el horizonte político de corto plazo la llegada de las vacunas. Ellas serán un nuevo activo político, reordenarán las articulaciones entre actores y al entrar en escena inaugurarán una nueva fase de la pandemia, donde virus/enfermedad y soluciones farmacológicas convivirán durante un tiempo cuya extensión es difícil prever. Las capacidades del Estado desempeñarán un papel neurálgico en esa coyuntura, pero su selección e implementación estarán condicionadas por el grado de deterioro y despolitización que haya alcanzado la pandemia de larga

duración al llegar las vacunas. La ecuación para estimar ese condicionamiento es sencilla: a mayor demora, mayor deterioro y despolitización del ciclo político, y mayor debilidad de la acción gubernamental. Esto planteará un dilema al sistema político: ensayar una segunda -e incierta- centralización decisional y repolitización de las capacidades del Estado para administrar la solución farmacológica de manera pública, asumiendo riesgos políticos de corto plazo y peligros de largo plazo, o gestionar la despolitización y administrar la solución de manera restringida y en sucesivas etapas, enfocando de manera progresiva los distintos grupos poblacionales, que serán ponderados según la exposición a la enfermedad y la estrategia electoral, aceptando la existencia de soluciones alternativas basadas en decisiones organizacionales o individuales, pero sin dejar de explotar la convivencia con ellas, lo que permitiría externalizar el peligro sanitario y amortiguar los costos políticos de corto plazo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Domingues, Jose Mauricio (2020). Coronavirus, ciencias sociales y política. En Domingues, Jose Mauricio (Ed.): *La crisis mundial del COVID 19: boletín II*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 7-10.

Luhmann, Niklas (1992). *Sociología del riesgo*. México: Universidad Iberoamericana / Universidad de Guadalajara.

Pignuoli Ocampo, Sergio (2020). Escenarios sociales asociados con el brote de enfermedad por coronavirus (COVID-19). *Astrolabio. Nueva Época*, 25: 165-195.

Cuidar la vida

Crisis ecosocial y horizontes de futuro¹

Breno Bringel*

La pandemia explicitó algo que los científicos, los movimientos sociales, las organizaciones internacionales y varios actores políticos han estado advirtiendo durante años: el planeta está brutalmente herido y, con él, nosotros también, individualmente y como humanidad. La situación es dramática y sentimos en nuestros cuerpos la profunda vulnerabilidad frente a los efectos de la pérdida de biodiversidad, el agotamiento de los recursos materiales y energéticos y el cambio climático. Los límites ecosistémicos han sido sobrepasados por la acumulación y el despojo ilimitado del capitalismo. Por ello, uno de los aspectos centrales de los debates sobre el futuro tiene que ver precisamente con cómo nos relacionamos con la naturaleza.

Tres proyectos diferentes disputan en el debate (geo) político los rumbos del mundo post-pandemia. El primero es el *business as usual*, centrado en el crecimiento del PIB como indicador de “bienestar”, en el

* Profesor del Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (IESP-UERJ), presidente del Research Committee on Social Classes and Social Movements de la International Sociological Association y director de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS).

¹ Una versión inicial de este artículo se publicó el 1 de julio de 2020 en portugués en el diario Folha de São Paulo.

desarrollismo depredador y en la búsqueda de nuevos nichos de mercado y de mercantilización de la naturaleza. Políticas de ajuste que exigen, una vez más, el sacrificio de todos para maximizar el beneficio y el lucro de unos pocos son evocadas para salir de la crisis. El mito del “progreso”, a su vez, también es movilizadado una vez más, aunque ahora articulado a prácticas todavía más violentas y a una retórica que funde el negacionismo con el discurso de la eficiencia y del control ultra-tecnológico.

El segundo es el “*Green New Deal*”, que aunque surge inicialmente tras la crisis del 2008 en los círculos ecologistas de Reino Unido, gana más resonancia en los últimos años a partir de una propuesta de diputados demócratas en Estados Unidos para generar reformas sociales y económicas que llevarían a una transformación del sistema energético. Se difunde muy rápidamente durante la pandemia, con diferentes apropiaciones de actores muy diversos, como empresas, organizaciones internacionales y la propia Unión Europea, que está creando su propio “European Green Deal”.

Ya el tercer proyecto es el de un *cambio de paradigma* hacia una nueva matriz económica y ecosocial, propuesto por movimientos combativos y diversos actores sociales y también religiosos, anticapitalistas y ecologistas, que a lo largo de las últimas décadas han apostado y construido, principalmente a nivel local y en los territorios, iniciativas y agendas vinculadas a la justicia socioambiental, la comunalidad, el decrecimiento y el buen vivir.

La contienda entre estos proyectos parece llevarnos a tres escenarios posibles que no se dan de forma “pura” y pueden imbricarse de múltiples maneras, aunque todos ellos tienen su lógica propia: la *recuperación* del crecimiento económico atroz; la *adaptación* del capitalismo a un modelo “más limpio”, aunque no necesariamente más justo socialmente; y, por fin, la *transición* hacia un nuevo modelo basado en la justicia socio-ambiental.

¿Cuáles serían las implicaciones de cada uno de estos escenarios y proyectos? La implementación del *business as usual* supondría un

fortalecimiento todavía mayor de la globalización militarizada, de la biopolítica del neoliberalismo autoritario y de un modelo de explotación que llevaría previsiblemente a escenarios (todavía más) catastróficos, entre los que se incluyen una profundización de las guerras, las crisis alimentarias, los desplazamientos forzados y, en definitiva, la crisis eco-social. El discurso de la “vuelta a la normalidad” es tributario de este tipo de escenario y se apoya perversamente en la angustia de buena parte de la población por recuperar su sociabilidad y/o su trabajo.

En el caso del escenario de adaptación, se prevén reajustes geopolíticos y geoeconómicos profundos. Ya no sería suficiente sólo con un “maquillaje verde”, que empezó tras la Cumbre de la Tierra de 1992 en Río de Janeiro, y con la “adjetivación” del desarrollo como “sostenible”. Ahora habría que dar un paso más. Y sabemos que si el capitalismo acepta darlo, no lo hace necesariamente por cuidar del planeta, sino por que ésta puede ser una vía para maximizar las ganancias. Es así como la “economía verde” se renueva, en la coexistencia entre la acumulación del capital y el imaginario ambiental, tendiendo a profundizar las desigualdades Norte/Sur, la financiarización de la naturaleza y el racismo ambiental.

Pero hay que ser justos: este escenario mayormente “adaptativo” vive todavía una fuerte disputa. Por un lado, parte de las colectividades dominantes, principalmente en Occidente, entienden que es un camino a seguir. Por otro, fuerzas políticas que defienden la justicia social y la sostenibilidad ambiental como pares indisociables buscan tensionarlo de varias maneras. Es el caso, por ejemplo, de propuestas que denuncian que no es posible pensar en una transición energética y en energías renovables en el Norte, mientras se mantenga la minería y el extractivismo en el Sur. Por eso, es fundamental “descolonizar” la lógica del *Green New Deal* y construir alternativas globales, aunque ancladas en las especificidades de cada lugar, país y región.

Llegamos así al tercer escenario, que es el más difícil, pero también el más necesario para que el medioambiente no sea sólo una bandera para salvar el capitalismo, sino para “cuidar nuestra casa común”. Son los propios movimientos sociales, las experiencias territoriales y una

diversidad de luchas y frentes populares y político-intelectuales quienes impulsan este escenario que busca romper con las narrativas hegemónicas de la economía verde. Los puntos de partida son los acúmulos y resistencias históricas de los pueblos de la floresta, de los movimientos indígenas, campesinos, negros y feministas, bien como de luchas por la agroecología, la soberanía alimentaria, los derechos de la naturaleza y el derecho a la vida.

Además de las luchas territorializadas, es fundamental generar plataformas políticas amplias, propositivas y transformadoras, que contribuyan a frenar la destrucción de ecosistemas y a combatir las múltiples desigualdades agravadas con la crisis sanitaria de la COVID-19. Con este espíritu se crea y se presenta públicamente el 24 de junio el Pacto Ecosocial del Sur, de carácter latinoamericano.

Uno de los puntos centrales de la iniciativa es la articulación de la justicia redistributiva con la justicia ambiental, étnica y de género. Para ello, se combinan propuestas concretas, difundidas también en varios otros ámbitos (tales como la transformación tributaria solidaria, la anulación de las deudas externas de los Estados y una renta básica universal), con horizontes más amplios asociados a la construcción de economías y sociedades post-extractivistas y el fortalecimiento de espacios comunitarios y de cuidado.

Avanzar en esta dirección exigirá responsabilidad colectiva. También sacrificios y cambios que van desde lo personal (cambio de hábitos, reducción del consumo o disminución de viajes) a lo más macro (políticas que posibiliten un cambio en el sistema alimentario o el decrecimiento radical en sectores como el petróleo, el gas y la minería), pasando también por las relaciones de trabajo y la vida social como un todo. Los gobiernos y todos aquellos que, en tiempos de pandemia, dicen defender la vida deberían contribuir a construir este cambio de paradigma ecosocial, ya que si el capitalismo es un destino de muerte, la naturaleza, por el contrario, es nuestra principal fuente de vida.

De la crisis del sujeto al freno de emergencia

Thomas Jeffrey Miley*

La humanidad y toda vida en el planeta se encuentran en grave peligro de extinción. La tiranía de los plutócratas y los belicistas ha invertido perversamente la profecía de Fukuyama sobre el fin de la historia, dándole un giro apocalíptico y auto-cumplido. El inicio del *Capitaloceno*, o genocidio-cum-ecocidio, es virtualmente ignorado por la prensa convencional alrededor del mundo. Mientras la guerra orwelliana contra el terror y ahora, una Guerra Fría resucitada, avivan las llamas de los nacionalismos reaccionarios resurgentes.

Estamos ante una crisis existencial, quizás terminal, de la humanidad. Se trataba, pues, “de reiniciar una historia del hombre que tomase en cuenta al mismo tiempo las tesis, algunas veces prodigiosas, sostenidas por Europa, pero también los crímenes de Europa” (Fanon). Pero no se logró reiniciar. No desaparecieron, en el fuego del combate, todas las barreras interiores. Se cortó el aliento del campesinado. La burguesía colonizada tomó el poder, y el nuevo Estado, “a pesar de una soberanía formal, quedó en manos de los Imperialistas.” Mientras el lumpenproletariat de los barrios miserables siguió –y sigue– en aumento, sus barrios adoptan formas cada vez más miserables.

* University of Cambridge, Reino Unido. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO “Teoría social y realidad latinoamericana”.

Se incumplió, además, la misión universal del proletariado. Puede ser porque no era del todo cierto que “había sufrido en su propia carne todos los males de la historia, todos los males universales” (Césaire). Los que no tenían nada que perder más que sus cadenas; los que tenían, en cambio, un mundo que ganar (Marx y Engels), pues, no se unieron, no ganaron ese mundo. Quedaron divididos y conquistados por la ensoñación de la nación. Tal vez porque “se creyeron partícipes en la aventura prodigiosa del Espíritu europeo” (Fanon).

No se heredaron ni las ruinas. El mundo nuevo que se decía que llevábamos en nuestros corazones y que supuestamente crecía instante a instante (Durruti) se aniquiló, se aplastó, se derrumbó. “Los que no tenemos nombre, los que no tenemos orgullo, los que somos una masa” (García Oliver) no llegaron a ver el triunfo total de la clase trabajadora. Más bien lo contrario. Los que sobrevivieron la catástrofe asistieron a una derrota sin paliativos, presenciaron – sufrieron – la traición de la revolución, y luego, la consumación del fascismo.

Y donde el Partido logró tomar el poder en nombre del pueblo trabajador, acabó ejerciendo una férrea dictadura sobre dicho mundo subalterno.

Así quedó destruida la ilusión de la emancipación, despertamos del gran sueño ilustrado, despertamos a la pesadilla de la pos-modernidad. La fe en el futuro, completamente rota, dispersada en mil pedazos. Así se alcanzó la llamada “crisis del sujeto” – y de la narrativa – de la emancipación.

David Scott, en un magistral pero muy entristecedor texto de 1999, *Re-fashioning Futures. Criticism after Postcoloniality*, esboza de forma bien precisa y sucinta la estructura de la narrativa de la emancipación – “una narrativa que vincula progresivamente – a través de tropos generativos tales como Represión, Enajenación, Conciencia, Despertar, Resistencia, Lucha y Realización – un pasado y un presente de Dominación a un futuro anticipado de Libertad. Una narrativa de la emancipación, según esta perspectiva, funciona a través de la construcción de cierta economía del discurso, los elementos centrales del cual no son difíciles de

identificar: opera, por ejemplo, por la construcción de un ritmo teleológico en lo cual varios momentos y maniobras que constituyen la lucha son identificados en su sucesión; opera por la construcción de un poder represivo que niega a los subyugados su humanidad esencial, y cuyo superación total y absoluta constituye el objetivo singular y el destino de la lucha; opera por la construcción de un sujeto, quien se mueve desde la deshumanización enajenada a la auto-realización; y opera por la construcción de un ‘más allá’ en lo cual emerge una humanidad nueva y sin trabas” (Scott, 1999: 201).

Scott nos enseña, paso a paso, cómo él percibe la progresión de esta narrativa en el libro canónico de Fanon, *Los condenados de la tierra*, el cual traza ‘la naturaleza y el camino de la descolonización.’ La narrativa de Fanon comienza con una representación del colonizado como “des-humanizado física y psicológicamente” La respuesta a esta situación es al principio rudimentaria, “tomando la forma de violencia más o menos desorganizada y formas de magia y de posesión ritual” (1999: 202). Una buena porción de esta violencia es inicialmente horizontal, “dirigida para dentro, hacia los colonizados mismos” (1999: 202). Aun así, estos brotes son importantes para por lo menos dos razones. Primero, porque permiten una salida para su rabia reprimida; y segundo, porque señalan al colonizador que hay demasiado desorden para continuar gobernando de la vieja manera. Esto a su vez conduce a la realización de un “diálogo familiar sobre los valores” entre ciertos intelectuales colonizados y el colonizador. Como resume Scott: “Los nativos, sin embargo, no están persuadidos por este discurso sobre la moralidad. Eventualmente el nativo aprende que el colono no es el sobrehumano que pretende ser. Su mirada deja de convertir al nativo en piedra. Mientras crece el desorden, además, una sección de la *intelligentsia* se pasa al lado del pueblo. La agresividad y la violencia de los nativos son recanalizadas desde ellos mismos y dadas un enfoque político, y específicamente, anticolonial. Esto es un punto de inflexión. Es, para el colonizado, el momento de la Conciencia; el momento del Despertar – la creación de lo que uno podría llamar una Voluntad anticolonial. El criminal se vuelve activista; el lumpen se transforma en militante. Además, a través de esta canalización de la violencia de los colonizados, también comienza un período de

curación psíquica, la reconstitución del enajenado yo del colonizado. El ‘Hombre Nuevo’ de quien habla Fanon emerge” (Scott, 1999: 202).

Scott tacha de romance, incluso de “nostalgia auto-indulgente de la modernidad tardía, leer a Fanon como si estuviéramos a punto de unirnos a él en las trincheras” (Scott, 1999: 204). Y crítica, además, la suposición “en la narrativa Fanoniana ... que los colonizados están enajenados de una identidad armoniosa; que esta enajenación es fomentada por instituciones coloniales que reprimen al yo colonizado e impiden que el pueblo colonizado logre un consenso mayor e unificador.” De hecho, Scott insiste, para Fanon, “el proyecto redentor de superar el colonialismo es devolver a los nativos a sí mismos” (1999: 204). Pero, pregunta Scott, “¿quiénes son exactamente estos nativos? ¿Cuál es su género? ¿Cuál es su orientación sexual? ¿Cuáles son sus modos de autoconstrucción?” (1999: 204). Después de tales preguntas, Scotts procede a enfatizar su “preocupación ... de que la historia Fanoniana respalde demasiado – o deja demasiado espacio – a la centralidad normalizada de una identidad específica, por mucho que sea una identidad que ha sufrido heridas particulares bajo la dominación colonial” (Scott, 1999: 204).

Pero existen otros teóricos quienes no están dispuestos a poner fin a la narrativa de la emancipación. George Ciccariello-Maher, por ejemplo, en su libro de 2017, *Decolonizing Dialectics*, hace un amplio uso de lecciones fanonianas precisamente del tipo que Scott condenaría al pasado, con el fin de iluminar los contornos y aclarar las apuestas de una variedad de luchas contemporáneas por la auto-determinación, desde el *Movement for Black Lives* en los Estados Unidos a la batalla por el socialismo en Venezuela. Ciccariello-Maher se inspira en la vida y en la obra revolucionarias de Fanon, a quien considera un alma gemela, mientras se las arregla para absolverse de manera bastante convincente de la acusación pos-moderna de Scott de que se haya entregado a un romance de nostalgia, incluso cuando insta de manera inequívoca a volver a las barricadas.

Ciccariello-Maher pone de relieve la centralidad y la relevancia contemporánea del llamado de Fanon a la confrontación combativa, su

articulación de una dialéctica descolonizada de lucha revolucionaria. Por dialéctica, Ciccariello-Maher entiende “el movimiento dinámico de oposiciones conflictivas” (2017: 2). En dos capítulos sucesivos, dedicados a los dos libros más influyentes de Fanon, *Piel negra, máscaras blancas* de 1952, y *Los condenados de la tierra* de 1961, respectivamente, Ciccariello-Maher elabora un caso bastante persuasivo de las lecciones que se pueden aprender de una lectura descaradamente emancipadora e liberacionista de Fanon como dialéctico descolonizador.

El último será el primero.

Los condenados de la tierra, aunque es mucho más que ello, es indudablemente mejor conocido por su primer capítulo sobre la violencia, en el cual Fanon defiende la lucha armada contra el colonizador, justificando el poder generativo de la contra-violencia anticolonial, como una fuerza purificadora, capaz de “endurecer la identidad nacional-decolonial y hacer posible el salto de un Maniqueísmo congelado a una lógica propiamente dialéctica de oposiciones dinámicas, generando así no sólo una ruptura de lo existente, sino también un proceso abierto hacia un nuevo horizonte universal decolonizado,” tal como lo caracteriza Ciccariello-Maher (2017: 84).

En una palabra, Fanon ve la violencia como “precondición esencial para la identidad nacional” en el contexto colonial, “hallándose en el centro mismo de la dialéctica de la descolonización como su única fuente de moción” (2017: 86). Fanon se apresura a enfatizar la centralidad de la lucha: “A través de la lucha, ‘el pueblo se da cuenta que la vida es un combate sin fin,’ y que ese combate no es más ni menos que la fuerza motriz de una dialéctica igualmente infinita” (2017: 95).

La naturaleza incierta y abierta de la dialéctica de Fanon es muy evidente. No se trata en absoluto de un ritmo teleológico. Porque mientras “Fanon agonizaba,” vislumbró un “nuevo peligro que amenazaba con detener la moción y cerrar el surgimiento de la conciencia nacional ... El peligro fue dual: amenazando con atrapar a la joven nación dentro del nacionalismo simplón que había sido su motor inicial, mientras

lo encauzaba globalmente hacia la continuidad neo-colonial del sistema-mundo capitalista” (2017: 91). Un peligro dual que, a su vez, le lleva a proyectar “su dialéctica hacia el exterior en el plano global” (p.95).

Aun así, como insiste Ciccariello-Maher: “el salto de Fanon hacia lo global no se caracteriza por un abrazo inmediato a lo universal. Lejos de ello: desplaza análisis al nivel global a la vez que defiere lo universal aún más allá en el futuro, profundizando las oposiciones en el corazón de una dialéctica global mientras insiste en el carácter indeterminado y abierto de ese proceso” (2017: 99).

Además, continúa Ciccariello-Maher: “Fanon concluye *Los condenados* con una condena llamativa de la ‘imitación’ que tiene implicaciones dialécticas poderosas” (2017: 99). Para Fanon, “con Europa como antítesis y la humanidad marcando un horizonte universal distante, el único camino adelante somos ‘nosotros mismos’, la afirmación revolucionaria de la identidad descolonial que emerge de la zona del no ser para presionar la dialéctica en movimiento. Esto,” concluye Ciccariello-Maher, “es una dialéctica decolonizada global que camina por la línea fina entre el esencialismo y lo universal” (2017: 101). Tal tipo de dialéctica decolonizada “desplaza la estrecha dialéctica Europea por medio de un ‘giro decolonial’ en el cual la unidad nacional del análisis ya no es suficiente, si es que alguna vez lo fuera, mientras que la nación decolonial asume la posición de oposición dentro de la unidad de análisis más amplia que es la totalidad global-colonial del sistema-mundo ... Si los trabajadores europeos comenzaron la revolución, son las masas colonizadas las que deben completarla” (2017: 101-102).

Ciccariello-Maher tampoco es el único que reivindica la relevancia contemporánea de una lectura revolucionaria de Fanon para las luchas de autodeterminación en la actualidad. De hecho, el activista y académico indigenista Glenn Coulthard, de la nación Denes, extrae de manera similar lecciones militantes de Fanon en relación con la lucha por el resurgimiento indígena en Canadá, encarnada en el movimiento *Idle No More*. Lo hace en su innovador libro del 2015, con el título evocador, *Pieles rojas, máscaras blancas. Rechazando la política colonial del reconocimiento*,

donde apunta a formas liberales y multiculturales de acomodación colonial y al reconocimiento de los grupos indígenas, como quizás más famosamente enmarcado en la obra del filósofo político Charles Taylor.

Igual que Ciccariello-Maher, Coulthard enfatiza la importancia contemporánea para los grupos colonizados y racializados del énfasis de Fanon en la necesidad de una autoafirmación militante y una lucha decidida. Con este fin, Coulthard afirma que “la crítica de Fanon a la teoría del reconocimiento de Hegel revela de manera convincente las formas en que los intercambios delegados de reconocimiento político del colonizador al colonizado generalmente terminan siendo estructuralmente determinadas por y en beneficio del colonizador” (2015: 152).

Coulthard continúa afirmando que Fanon sigue siendo crucial también en la medida en que “identifica las formas sutiles en las que las poblaciones colonizadas a menudo llegan a desarrollar lo que él llamó ‘apegos psico-afectivos’ a estas formas circunscritas y autorizadas por los amos del reconocimiento delegado. Para Fanon, insiste Coulthard, “estos apegos psico-afectivos o ideológicos crean una impresión de ‘naturalidad’ a la condición colonial, a la cual él se refirió como ‘internalización’ o colonialismo ‘internalizado’” (2015: 152-153). Sin embargo, Coulthard sostiene, “Fanon mostró como las poblaciones colonizadas, a pesar del poder totalizador del colonialismo, a menudo pueden convertir estas formas internalizadas de reconocimiento colonial en expresiones de auto-empoderamiento indígena a través de la recuperación y revitalización de las relaciones sociales precoloniales y las tradiciones culturales” (2015: 153).

Aun así, a diferencia de Ciccariello-Maher, Coulthard piensa en última instancia que la lucha indígena debe ir más allá del marco dialéctico proporcionado por Fanon. De hecho, Coulthard acusa a Fanon de permanecer demasiado cercano a Sartre, al considerar “las prácticas de autoempoderamiento cultural indígena, o auto-reconocimiento, como insuficientes para la descolonización, constituyendo un ‘medio’ pero no un ‘fin’” (2015: 153).

En palabras de Coulthard: “Fanon claramente compartió la perspectiva de Sartre de que el énfasis de negritud en la autoafirmación cultural constituyó un ‘medio’ importante pero ‘no un fin último’ de la lucha anticolonial, a pesar de que ambos autores llegaron a esta conclusión análoga por caminos diferentes” (2015: 133). De hecho, tal como sugiere Coulthard: Aunque Fanon vio la re-evaluación crítica de las formas de cultura indígena como un medio importante de liberar temporalmente al colonizado de los efectos incapacitantes de estar expuestos a patrones estructurados de falta de reconocimiento colonial, estaba decididamente menos dispuesto a explorar el papel que estas formas y prácticas podrían desempeñar en la construcción de alternativas a las relaciones sociales opresivas que producen sujetos colonizados en primer lugar” (2015: 132). Por esta razón, Coulthard concluye: “Cuando Fanon reprende a Sartre por caracterizar la reconstrucción auto-afirmativa de la subjetividad negra como una fase en el desarrollo de la dialéctica de la lucha de clases anticolonial, está desafiando la comprensión determinista de Sartre de la dialéctica, no su afirmación de que este proceso representa ‘una etapa’ en un contexto más amplio de lucha por la libertad e igualdad” (p.144). O, para decirlo con más fuerza: “Aunque Fanon evita una teoría antropológica evolutiva del desarrollo histórico e la que se considera que las sociedades se desarrollan a lo largo de un camino lineal desde lo primitivo a lo civilizado, permanece aferrado a una concepción dialéctica de la transformación social que privilegia ‘lo nuevo’ sobre ‘lo viejo’” (2015: 153).

En resumen, según Coulthard: “Este punto de vista simplemente no proporciona mucha información sobre lo que motiva la resistencia indígena a la colonización ni sobre los cimientos culturales sobre los cuales se podría construir alternativas indígenas no coloniales” (2015: 154). Coulthard, por tanto, a diferencia de Scott, se aferraría a la naturaleza militante y revolucionaria de la narrativa emancipadora articulada por Fanon, pero a diferencia de Ciccariello-Maher, al mismo tiempo cuestionaría radicalmente la dependencia de esa narrativa en “una concepción dialéctica de la transformación social que privilegia ‘lo nuevo’ sobre ‘lo viejo’” (2015: 153).

Por supuesto, ya no tenemos fe en que el futuro nos pertenezca. El siglo asesino que nos separa de Rosa la Roja (Luxemburg) nos imposibilita creer, como ella todavía podía, con su celo característicamente carismático, que “somos nosotros los que marchamos por la conquista del mundo como él hacía antes quien proclamó que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos” (Luxemburg, 1905) La brutalidad y la determinación despiadada de las fuerzas contrarrevolucionarias, combinadas con los crímenes del comunismo del Estado, parecen haber aplastado definitivamente nuestra capacidad para tal tipo de certeza, tal convicción a tope, que inevitablemente marchamos hacia la abolición del capitalismo. Nos parece más probable la abolición de la vida en el planeta.

Nuestra episteme parecería completamente desencantada; si tan sólo pudiéramos afrontar el futuro con la misma férrea confianza de Luxemburg, que aun estando en prisión no dejaba de anticipar un momento de ruptura mesiánica: “Tengo la sensación de que toda esta inmundicia por la que vadeamos, este enorme manicomio en el que vivimos, puede de repente, entre un día y otro, transformarse en su opuesto, como por un golpe de la varita de un mago; puede convertirse en algo tremendamente grande e heroico, inevitablemente debe ser transformado (Luxemburg, 1905)” ¿Dónde está ahora nuestra fe en la varita del mago? ¿Arrojada al Canal Landwehr?

Quizás, como sugiere Coulthard, parte del problema es que seguimos orientados hacia el futuro, incapaces de escapar el paradigma del tiempo vacío homogéneo. Los residuos de los ideales del alto modernismo resultan difíciles de eliminar, incluso después de que nuestra fe en el progreso se haya derrumbado. Un subproducto del profundo sesgo materialista integrado en el marco y la tradición del materialismo histórico, un sesgo que con demasiada frecuencia ha alejado a los intelectuales revolucionarios de las creencias y prácticas espirituales profundamente arraigadas de los explotados, los oprimidos, los marginados, en suma, los condenados de la tierra.

La propia versión de Fanon del secularismo militante es muy instructiva a este respecto. Cuando habla de “educar a las masas,” no solo insiste en la necesidad de que lleguen a comprender “que todo depende de ellas;” añade además, que deben llegar a aceptar “que no hay demiurgo, que no hay hombre ilustre y responsable de todo, que el demiurgo es el pueblo y que las manos mágicas no son en definitiva sino las manos del pueblo” (2015: 97-98).

Tal formulación es desafortunada; porque contrasta implícitamente la autodeterminación con la *inspiración*, y por lo tanto, perpetúa la problemática binaria y la bifurcación de lo material del reino espiritual, mientras simultáneamente invoca y niega la posibilidad de que el espíritu se encarne y, a la inversa, de que los humanos se llenen del espíritu, que se eleven y se transformen en agentes de la venganza divina, en conductos de la justicia divina, capaces de “explotar y abrir el continuo de la historia,” de trascender a “la presencia del ahora” (Benjamin, 1940: 253-254).

BIBLIOGRAFÍA

Benjamin, Walter (1940). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México, D.F.: Itaca: Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008.

Ciccariello-Maher, George (2017). *Decolonizing Dialectics*. Durham: Duke University Press.

Coulthard, Glen Sean (2015). *Red Skin, White Masks: Rejecting the Colonial Politics of*

Recognition. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2014.

Luxemburgo, Rosa (1905). “El socialismo y las iglesias”. En: https://www.marxists.org/espanol/luxem/05Elsocialismoylasiglesias_0.pdf

Scott, David (1999). *Refashioning Futures. Criticism after Postcoloniality*. New Jersey: Princeton University Press.

Dependencia y agencia en América Latina

Juan Pablo Gonnet*

La teoría sociológica sobre América Latina ha tendido a oscilar entre dos posiciones, aparentemente, irreductibles. Por un lado, una que manifiesta la estructuralidad de una situación de dominación de las regiones céntricas sobre zonas periféricas y semi-periféricas la cual condicionaría las dinámicas de cambio social en la región; y por el otro, una que destaca la autonomía y especificidad de la trayectoria social latinoamericana, y por tanto, la centralidad de las estructuras y las agencias propias en la comprensión de su evolución social. Mientras que en el primer caso, lo externo es determinante; en el segundo, lo interno adquiere preeminencia. Evidentemente, aquí partimos de una simplificación tipológica difícilmente observable en la realidad. Por cierto, la mayoría de las conceptualizaciones se mueven en un continuo que va entre estos dos grandes posicionamientos, acercándose, en mayor o menor medida, a uno u otro extremo. Este hecho muestra que ambas perspectivas poseen algún grado verosimilitud que merece ser reconocido. Así, las realidades externas no pueden ser del todo desatendidas para asir las lógicas sociales de nuestra región, pero tampoco éstas son suficientes para interpretar los procesos locales y sus movimientos. En relación a esto, las teorías más actuales suelen adoptar una estrategia aditiva en la que se asume la validez relativa y superpuesta de estos dos polos. Esto

* UNC-CONICET, Argentina. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO "Teoría social y realidad latinoamericana".

es, según el caso, los intereses del teórico social o la temática abordada se puede optar por una postura u otra. A pesar de que se entiende que ni lo externo ni lo interno logran explicar el universo total de fenómenos regionales, si parecieran hacerlo para algunos de ellos. De este modo, la perspectiva mediadora no solo no consigue integrar analíticamente los posicionamientos en cuestión, sino que tiende a reproducirlos. El vínculo entre los procesos internos y externos permanece oscurecido. Aquí pretendemos avanzar exploratoriamente sobre esta problemática.

Preliminarmente, podemos delimitar a lo interno como el conjunto de individuos, organizaciones, estados y actores sociales que pertenecen a los países de nuestra región. Lo externo, por el contrario, delimita a aquellos que se encuentran fuera de ella. En el horizonte de una sociedad mundial, capitalista y funcionalmente diferenciada, en la que los límites regionales no limitan, en primera instancia, a sus operaciones, acciones y comunicaciones, la estructuración regional solo puede aparecer como un producto secundario del funcionamiento de algunos de sus sub-sistemas sociales menores (Pignuoli Ocampo y Gonnet, 2020). Esta sub-estructuración afecta a otros sistemas del mismo nivel (otros actores, otros movimientos sociales, otras organizaciones), pero no al orden general de la sociedad. En esta dirección, tendremos simultáneamente operaciones que acentúen la estructura societal, y otras que la contradigan o la condicionen (ya sea protegiéndola o protegiéndose de ella), aunque en niveles de ordenamiento inferior y por tanto, circunscritas en algún sentido por las estructuras del orden social mayor. Las operaciones que dinamizan las estructuras generales de la sociedad carecen de una inscripción regional por lo que no pueden ser consideradas como externas o internas a una región. Así, para hablar de procesos internos y externos tendremos que atender a aquellas decisiones y acciones que producen, construyen, activan y son afectadas por la diferenciación regional.

Desde estas coordenadas, América Latina puede ser entendida como resultado de procesos de regionalización de actores y organizaciones externas. Sobran las referencias históricas y sistemáticas acerca de estas dinámicas de construcción regional, por ejemplo, aquellas asociadas a las lógicas coloniales, modernizadoras y/o centro-periféricas. En esta

dirección, emergen procesos de auto y hetero-regionalización, los cuales traen aparejados condicionamientos para con los actores, grupos y organizaciones que ocupan los espacios hetero-regionalizados. Claramente, estas acciones pueden ser más o menos intencionales, más o menos directas, y más o menos formales. Adicionalmente, sus efectos también se muestran dispares. Como operaciones del sistema mundial pueden otorgar impulsos y estímulos des-regionalizantes, pero como acciones organizacionales pueden consolidar y/o instituir ámbitos regionales. Históricamente, América Latina resultaría ser un efecto dual de estas dos estructuraciones que vinieron aparejadas con los procesos de “transculturación” (Medina Echavarría, 2017: 24). Este hecho explica, en parte, las dificultades que acarrearán las perspectivas exclusivamente externalistas sobre la región. Así, de lo que se trata es de observar el modo en que estos procesos externos se articulan o relacionan con los internos. En otros términos, la manera en que las acciones regionalizadoras externas se vinculan con las lógicas de acción interna.

Ante la regionalización externa, se disponen analíticamente dos alternativas. En primer lugar, es posible que los actores y organizaciones locales asuman los impulsos des-regionalizantes que vienen aparejados con las operaciones externas y que se encuentran asociados a la naturaleza misma de las estructuras sociales propias de la sociedad mundial (1). Los procesos de independencia nacional o los impulsos hacia la industrialización y el desarrollo constituyen claros ejemplos de esta posibilidad en la región. Luego, una segunda alternativa, se encuentra asociada a las operaciones, acciones y decisiones orientadas hacia la regionalización (2), esto es, a la delimitación interna de la región. Vale destacar que estas posibilidades son diferenciables solo en términos analíticos ya que en las acciones concretas pueden encontrarse entremezcladas de modos más o menos complementarios y/o contradictorios. Por otra parte, debemos reconocer que este esquema se desenvuelve procesual e históricamente, por lo que las alternativas señaladas no operan en el vacío sino que lo hacen en marco de los movimientos y condicionamientos externos previamente señalados. Esto significa que estas acciones internas deben ser consideradas en relación con ellos, y no aisladamente o en abstracto. Veamos de qué modo se vinculan.

En cuanto al primer tipo de impulso y acción (1), es decir, aquel asociado a las dinámicas des-regionalizadoras (modernizadoras), se pueden encontrar expectativas ligadas a la conformación de una sociedad mundial y de rechazo a las hetero-regionalizaciones incompatibles con ellas. Estas dimensiones pueden presentarse conjunta o separadamente, pero en el marco de los procesos de regionalización instituidos sus consecuencias tienden a ser similares. En ambos casos se produce un rechazo a la regionalización en sí misma, dificultándose así la posibilidad de lidiar con sus efectos. Podríamos decir que estos resultan o subestimados o invisibilizados. Así, no es casual que aquí primen orientaciones internalistas del cambio social, tanto en lo que respecta a sus posibilidades como a sus limitaciones.

La conexión que el segundo tipo de acción (2) (asociado a las dinámicas regionalizadoras) guarda con el condicionamiento externo puede asumir dos modalidades. Por un lado, las acciones y decisiones pueden adherir a las estructuras de regionalización externa (hetero-regionalización) (a). Por ejemplo, cuando los modos de producción se definen en función de las necesidades impuestas o delimitadas por las regiones centrales y sus niveles de desarrollo. Podríamos decir que aquí se trata de las dinámicas organizacionales y/o clasistas frecuentemente destacadas por los planteos teóricos que reconocen alguna forma de colonialismo o imperalismo en la región. Aquí los actores dan lugar a dinámicas sociales que reproducen y/o intensifican la hetero-regionalización y la desigualdad que esa asimetría impone. Quizás las teorías de la dependencia, sean las perspectivas que mejor han descrito este tipo de comportamiento en las regiones periféricas en general, y en América Latina, en particular (Beigel, 2006; Giller, 2014). No obstante, es posible que al absolutizar este único tipo de acción, hayan desatendido o subestimado otras modalidades y formas en que se desencadenan “situaciones de dependencia”, como las asociadas al tipo de acción previo (1).

Por otra parte, una segunda dinámica regionalizadora se encuentra en los procesos de auto-regionalización (b). Aquí se trata de operaciones, acciones y decisiones orientadas a instituir la región. Las propuestas y pretensiones de integración supranacional (identitaria y/o funcional)

expresadas de diversas formas y en distintos momentos de la historia de América Latina expresan esta inclinación (Torres, 2020). Sin embargo, como mencionamos, estas acciones no pueden ser entendidas en abstracto, es decir, por fuera de la historia y de las relaciones sociales pre-existentes. Esto significa que para América Latina, las dinámicas de regionalización se desarrollan en el contexto de una hetero-regionalización y por tanto, se configuran mayoritariamente como una reacción a este hecho que las antecede. A diferencia de la primera modalidad de acción no estamos ante un mero rechazo a la hetero-regionalización, sino que se abre un juego en el que se compite, disputa y resiste a las dinámicas regionalizadoras instituidas. A su vez, a estas acciones se le suman los condicionamientos propios de una sociedad mundial que desborda los límites regionales.

A través de este análisis podemos vislumbrar, provisoria y rudimentariamente, el modo en que se imbrica lo externo y lo interno en nuestra región, y la necesidad o imposibilidad de abordar separadamente a estas dimensiones (Gorriti, 2020). Lo externo no puede disolver o imponerse totalmente sobre lo interno. Del mismo modo, lo interno tampoco puede disolver lo externo, ya sea negando la existencia de los procesos de regionalización, o separando u oponiendo ambos lados. Por el contrario, debemos ver de qué manera lo interno y lo externo operan simultáneamente.

En este sentido, intentamos mostrar, en primer lugar, el modo en que los hechos y movimientos externos resultan fundamentales para comprender el devenir de nuestra región. Pero al mismo tiempo, en segundo lugar, también advertimos que estos son insuficientes por sí mismos. Dadas las limitaciones estructurales que impone la sociedad mundial, pudimos observar que el carácter de esa influencia resulta ambiguo y/o contradictorio. Así, no resulta posible omitir el análisis de la agencia en nuestra región. Ahora bien, esa agencia no debe ser interpretada reduccionistamente como una forma únicamente antagónica a las estructuras de regionalización externa. El escenario resulta ser algo más complejo. En los distintos tipos de acciones y decisiones que describimos nos encontramos con situaciones en las que la desigualdad regional

puede reproducirse de diversos y variados modos. Al mismo tiempo, se evidencian las dificultades a las que se deben enfrentar los actores, organizaciones, movimientos y estados de América Latina para revertir o modificar esta situación.

Para finalizar, nos gustaría sugerir el concepto, algo cargado de tradición, de “colonialismo interno” (González Casanova, 2006; Stavenhagen, 2010), para caracterizar a este fenómeno agencial interno que tiende a reproducir de diversas formas a las estructuras de desigualdad regional establecidas. En principio, esta categoría pretende dar cuenta de las relaciones coloniales que se desarrollan entre grupos, clases y segmentos de la población al interior de los países latinoamericanos. En esta dirección, con este concepto se buscó extender el campo de aplicación del fenómeno colonial más allá del ámbito de las relaciones internacionales o inter-regionales. No obstante, a pesar de la extensión del campo semántico del concepto de colonialismo, el mismo no contribuyó al análisis de las conexiones entre las dinámicas internas y las lógicas coloniales externas (Gonnet, 2020). Por el contrario, se mantuvieron como dos fenómenos disociados y parcialmente independizados, los cuales, eventualmente y en ciertas circunstancias, podían retroalimentarse y/o complementarse (paradójicamente, des-diferenciándose y disolviéndose su especificidad). Así y todo, consideramos que hubo un importante aporte en la idea de entender al colonialismo como un hecho social internamente activado y producido. Este es el sentido que nos interesaría rescatar para ponerlo en relación con las consideraciones previamente esbozadas. Por cierto, el tipo de fenómeno usualmente descrito por la categoría podría integrarse en el marco de este tratamiento más general. Teniendo en cuenta esta precaución, proponemos que el concepto de “colonialismo interno” puede ser significativo para abordar algunas de las formas en que se vincula lo interno con lo externo en América Latina. A su vez, puede ayudarnos a vislumbrar más claramente los desafíos que se le presentan a una política de autonomización regional.

BIBLIOGRAFÍA

- Beigel, Fernanda (2006). "Vida, muerte y resurrección de las teorías de la dependencia", en *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*. Buenos Aires, CLACSO, pp. 287-326.
- Giller, Diego Martín (2014). "¿Teoría de la dependencia"? Orígenes y discusiones en torno de una categoría problemática". *Revista del Centro Cultural de Cooperación Floreal Gorini*, No. 21, pp. 1-30.
- Gonnet, Juan Pablo (2020). "Aportes y limitaciones en la conceptualización del colonialismo interno". *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad*. En prensa.
- González Casanova, Pablo (2006). "El colonialismo interno", En *Sociología de la explotación*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 185-205.
- Gorriti, Jacinta (2020). "De la cadena imperialista al nudo de la dependencia: apuntes para un diálogo entre Nicos Poulantzas y Fernando Henrique Cardoso". *Revista Encuentros*, Vol. 18, No.3, pp. 48-62
- Medina Echavarría, José (2017). *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico*. Buenos Aires, CLACSO.
- Pignuoli Ocampo, Sergio; Gonnet, Juan Pablo (2020). "Objetos latinoamericanos de la sociedad mundial: de la ontología de la región a la pregunta por los límites de la operación". En *Hacia una renovación de la teoría social latinoamericana*, Esteban Torres (ed.), Buenos Aires, CLACSO, pp. 129-151.
- Stavenhagen, Rodolfo (2010) [1981]. "Siete tesis equivocadas sobre América Latina", En *Los pueblos originarios: un debate necesario*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 145-175
- Torres, Esteban (2020). "Hacia una nueva teoría del cambio social en América Latina: Esquemas y elementos preliminares". En *Hacia una renovación de la teoría social latinoamericana*, Esteban Torres (ed.), Buenos Aires, CLACSO, pp. 23-55.

¿Desaceleración de la aceleración?

Descripción y normatividad de la velocidad social en tiempos de pandemia

Alexis Gros*
Felipe Torres**

Aparentemente, la situación global desatada por la pandemia del COVID-19 ha desacelerado muchos procesos sociales. Esto es lo que se ha esgrimido en diferentes contextos con distintas intensidades, pero de manera más o menos unánime. A favor de esta tesis aparecen hechos innegables como el menor flujo de transportes (especialmente en la industria aérea), la paralización forzada de actividades laborales (sobre todo en el área de servicios), la suspensión de eventos culturales (conciertos, funciones de cine y teatro, exposiciones artísticas, etc.) y la detención total o parcial de la actividad en escuelas y universidades.

* Friedrich-Schiller-Universität Jena. Alemania. CONICET. Argentina.

** Max Weber Center. Universidad de Erfurt. Alemania. Observatorio de Transformaciones Socioeconómicas. Sociedad Max Planck-ANID. Chile. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO “Teoría social y realidad latinoamericana”.

En paralelo, las ciencias sociales tematizan desde hace un tiempo las posibilidades de ralentizar los ritmos sociales, especialmente como respuesta a las consecuencias disfuncionales, patológicas o nocivas de la aceleración de las formas de vida. Esto ha sido acompañado por movimientos políticos que buscan detener total o parcialmente el incesante flujo de crecimiento, acumulación y dinamización en diversas esferas de la economía y la vida sociocultural. Especialmente en los países del capitalismo avanzado, o lo que suele denominarse como *Global North*, han emergido diferentes movimientos contra la aceleración: al ya conocido movimiento *slow-food* y a iniciativas como el *degrowth* se suman otros intentos tanto individuales como colectivos por ponerle un coto a la lógica de acción incesante típica de la (tardo) modernidad (Citton 2019).

En Latinoamérica el panorama es un poco distinto. Al parecer hay más ganas de acelerar, sobre todo en lo que refiere al crecimiento y el desarrollo económico, y a cambios pro-igualdad orientados a garantizar derechos sociales mínimos. Así lo han mostrado las protestas contra el sistema económico y político (Colombia y Ecuador en 2019), el reciente “estallido social” contra la desigualdad en Chile (2019) y los diferentes movimientos en pos de la igualdad de género (Argentina, Chile, Uruguay).

La crisis provocada por la pandemia del coronavirus parece acentuar y poner de relieve la tensión entre aceleración y desaceleración que, de por sí, caracteriza a las sociedades (tardo)modernas (cf. Rosa, 2005: 150; Rosa, en prensa 2021; Rosa, en prensa 2020). Según creemos, dicha tensión puede ser abordada teóricamente desde dos puntos de vista diferentes: uno (a) *normativo* y otro (b) *descriptivo*. En términos *normativos* (a), se plantea la pregunta acerca de la deseabilidad o indesesabilidad ético-política de los procesos aceleratorios y/o desaceleratorios (¿debemos (des)acelerar?). En una perspectiva netamente *descriptiva* (b), en cambio, se intenta identificar la estructura, causas y consecuencias de los mismos (¿qué es la (des)aceleración social? ¿a qué responde?).

Partiendo de esta distinción analítica, en el presente texto proponemos ordenar someramente algunas reflexiones sobre la desaceleración social

en general, así como sobre su amplificación en el contexto de la crisis del coronavirus.

1. Más allá de acelerar o desacelerar: múltiples usos de la velocidad en la sociedad

Los procesos de desaceleración social que emergen en el contexto de la pandemia son analizados actualmente tanto en términos *descriptivos* como *normativos*. De manera descriptiva (a), se constata la forzada ralentización de la economía y de diversos aspectos de la vida cotidiana (actividades laborales, académicas, interacciones familiares o de amistad, etc.) y se intenta distinguir sus causas y consecuencias. Los análisis de matriz normativa (b), por su parte, pueden escindirse en dos clases. Por un lado, existen posiciones que consideran la desaceleración como un freno *deseable* al crecimiento incesante y a sus consecuencias patológicas en las subjetividades –agotamientos, ansiedades y depresiones–, así como a formas nocivas de acumulación de capital y de explotación de recursos naturales que no respetan los tiempos de regeneración de los mismos. Y, por otro, hay posturas que remarcan el carácter *indeseable* de la desaceleración tanto en lo que refiere a la economía –sobre todo en contextos de (sub)desarrollo como el latinoamericano– como en relación con aspectos tan cotidianos como el tráfico vehicular o el acceso a la atención en instituciones de salud. Respecto a esto último, por ejemplo, se han hecho estudios que miden la velocidad de respuesta de los Estados frente a la pandemia (Blofield, Giambruno y Filgueira 2020). Dichas investigaciones muestran que, en general, se percibe la velocidad de reacción de los gobiernos como un índice de mejores resultados preventivos y de control asociados a mayor rapidez de acción.¹

De esta manera, observamos que las tesis de la desaceleración y su contraparte están divididas según sus rendimientos explicativos de la

¹ Los/as autores indican que Argentina se apresuró a establecer un piso de ingresos básicos para los hogares sin otras entradas de dinero, mientras que el enfoque de Chile fue más reactivo e incremental, alcanzando niveles más altos de amplitud y suficiencia a finales de junio. Esta discrepancia en la velocidad de la asistencia estatal redundó en controles disímiles de la situación (Blofield, Giambruno y Filgueira, 2020: 9).

situación actual a nivel *descriptivo*, a la vez que suponen un discurso político efectivo a nivel *normativo*. A continuación, tomando como pretextos algunos escritos de Hartmut Rosa, propondremos una tipología *descriptiva* de las formas de desaceleración social que nos servirá, más abajo, para ordenar someramente la tesis de la desaceleración en el marco de la pandemia.

2. Formas voluntarias e involuntarias de desaceleración

Hartmut Rosa, uno de los sociólogos más reconocidos por sus trabajos sobre aceleración, no solo cuenta con una concepción sistemática de la desaceleración social, sino que también se ha expresado en diversos contextos acerca de la ralentización de los procesos sociales en el marco de la pandemia actual. En varios de sus escritos, el autor alemán elabora una tipología de cinco “categorías” o “formas” de la desaceleración cuya exposición superaría los límites de este breve escrito (Rosa, 2012: 196 y sigs.; 2013: 46 y sigs.; 2005: 138 y sigs.; Rosa, en prensa 2021). Tomando como punto de partida dicha clasificación, pero yendo más allá de ella, en el presente contexto nos gustaría aventurar la siguiente hipótesis de carácter *descriptivo*: en las sociedades (tardo)modernas pueden distinguirse dos modalidades fundamentales de desaceleración, a saber, (1) formas de *desaceleración involuntarias* y (2) *voluntarias*.

(1) Los procesos involuntarios de desaceleración no son intencionalmente producidos por los actores individuales o colectivos –instituciones, empresas, Estados, etc.–; antes bien, se presentan como constreñimientos externos que limitan o coartan su capacidad para acelerar, producir e innovar. En términos esquemáticos, puede hablarse de dos subtipos de desaceleración involuntaria: (1.1) la provocada –o al menos condicionada– por causas “naturales” y (1.2) la generada por factores netamente sociales. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que las fronteras entre lo “natural” y lo social distan de ser nítidas y estáticas: al menos desde la crítica de Marx y Engels (cf. 1958) a Feuerbach sabemos que no hay algo así como una naturaleza completamente presocial o precultural.

(1.1) Por un lado, existe una serie de “límites naturales a la velocidad” que se desprenden o bien de la complejidad del medio ambiente, o bien de la constitución corporal del ser humano (Rosa, 2012: 196). Se trata, más precisamente, de diversos fenómenos físicos, químicos o biológicos que no son pasibles de ser acelerados o que solo pueden apurarse parcialmente: los procesos de (re)producción de materias primas, los ciclos de cultivo, la extensión de las estaciones del año, la cura de enfermedades, la duración del embarazo, etc.

(1.2) Por otro lado, hay formas de ralentización involuntaria provocadas por factores netamente sociales. Un ejemplo son los procesos desaceleratorios “disfuncionales” o “patológicos” que emergen como *consecuencias no buscadas* de la propia aceleración social (Rosa, 2013: 196 y sig.). El caso paradigmático son los embotellamientos automovilísticos, que no son otra cosa que un resultado paradójico de la hiperaceleración del tránsito vehicular (p. 197).

(2) Los fenómenos y procesos de desaceleración voluntaria, en cambio, son buscados y/o producidos de forma consciente por los actores sociales. Aquí también pueden distinguirse dos subtipos: (2.1) los que derivan de la voluntad individual y (2.2) aquellos que surgen de decisiones institucionales u organizacionales.

(2.1) En las sociedades hiperaceleradas los actores individuales a menudo deciden ralentizar temporalmente la marcha como una estrategia para mantener, recuperar o incluso incrementar sus capacidades productivas, dinámicas e innovadoras (Rosa, 2012: 197; 2013: 50). De lo que se trata, en otras palabras, es de tomarse un descanso para “cargar el tanque”, recobrar fuerzas y poder seguir corriendo (Rosa, 2005: 149). Esta forma “funcional” o “acelerada” de desaceleración se observa no solo en las variadas actividades vacacionales y/o turísticas de los sujetos tardomodernos, sino también en su propensión a prácticas *new age* como los retiros espirituales, la meditación y los ejercicios de *mindfulness* (Rosa, 2012: 197).

(2.2) Estas prácticas voluntarias de desaceleración funcional tienen un equivalente en el plano de la acción colectiva: las instituciones

u organizaciones (tardo)modernas tanto públicas como privadas suelen otorgar y solicitar diferentes tipos de “moratorias” (Rosa, 2005: 149). Se trata de períodos de gracia concedidos para “solucionar” problemas económicos, políticos, legales, sociales, técnicos o ecológicos que coartan las capacidades organizacionales de aceleración, productividad e innovación (p. 149). Más relevantes en términos políticos son las propuestas “ideológicas” de desaceleración “radical” impulsadas por organizaciones, agrupaciones y movimientos de las más diversas orientaciones: grupos ecologistas, de izquierda, indigenistas, religiosos o conservadores (Rosa, 2012: 197 y sig.). A pesar de sus innegables divergencias, estas agrupaciones políticas tienen un rasgo común: esgrimiendo argumentos con un cierto cariz “antimoderno”, abogan por la detención o paralización total de la maquinaria aceleratoria en pos de la consecución de una vida y una sociedad “mejor” (Rosa, 2005: 147). La idea central que orienta estos movimientos se refleja paradigmáticamente en la afirmación clásica de Walter Benjamin (2010: 153) según la cual las revoluciones no son la “locomotora” sino el “freno de emergencia” de la historia.

3. La desaceleración en la pandemia: ¿Desaceleración forzosa o decisión política?

La diferenciación descriptiva entre formas involuntarias –(1)– y voluntarias –(2)– de desaceleración social resulta sumamente fructífera a la hora de analizar los procesos de ralentización desatados por la crisis global del COVID-19. También en esta tarea los desarrollos de Rosa pueden servir como un punto de partida (revisable) para iniciar reflexiones teóricas originales. En intervenciones mediáticas recientes, el autor sostiene una posición ambivalente respecto a la naturaleza de los fenómenos desaceleratorios provocados por la pademia. Por un lado, sugiere que la irrupción del virus desencadena un proceso de “*desaceleración forzosa*” [Zwangentschleunigung] y, por otro, enfatiza que la ralentización actual de amplios sectores de la vida social ha sido producto de la *decisión política* de los Estados nacionales (Rosa, 2020d; en prensa 2020).

Esta ambigüedad teórica –que no es advertida ni problematizada por el propio Rosa– dista de ser casual: más allá de la voluntad y la conciencia del autor, refleja la naturaleza ambivalente del fenómeno analizado. Los procesos de desaceleración social a los que se asiste hoy en día tanto en el Sur como en el Norte Global tienen un carácter bifronte. Poseen, *a la vez*, momentos (1) involuntarios/impuestos y (2) voluntarios/intencionales.

La desaceleración involuntaria en tiempos del coronavirus, puede afirmarse, es causada tanto por procesos “naturales” (1.1) como netamente sociales (1.2).

(1.1) El virus como entidad biológica constituye un límite ineludible a la capacidad de producción, aceleración e innovación de los individuos. Quienes se enferman deben dejar de trabajar, aislarse, recibir tratamiento médico y esperar, en el mejor de los casos, a que su organismo se reponga.

(1.2) Sin embargo, el virus dista de ser un fenómeno puramente biológico: no es, de ninguna manera, un “golpe externo” al capitalismo como lo afirma por ejemplo Klaus Dörre (cf. 2020). Se trata, por el contrario, de un producto no deseado de la propia lógica aceleratoria de la (tardo)modernidad: el surgimiento del virus SARS-CoV-2 está asociado directamente al cambio climático y a modalidades capitalistas de producción, comercialización y consumo masivo de alimentos, y su rápida difusión global hubiera sido impensable sin la hiperaceleración actual de la movilidad aérea (cf. Lessenich, 2020).

Por otro lado, Rosa (2020b) está en lo cierto cuando afirma que no es el virus mismo el que cancela vuelos, cierra bares y suspende las clases en las escuelas, sino la “acción política” consciente e intencional de los Estados nacionales *qua* actores colectivos (en el sentido de 2.2 más arriba). En efecto, las medidas de *lockdown* y aislamiento preventivo que se observan en diferentes países del Sur y el Norte Global son producto de decisiones tomadas por gobiernos que, en su gran mayoría, derivan su legitimidad de la voluntad popular.

En cuanto a la razones *normativas* que motivan la decisión estatal de desacelerar, existen opiniones encontradas: mientras que algunos la caracterizan como una decisión ética o humanitaria (Rosa, en prensa 2020; Dörre, 2020), otros argumentan que sirve a oscuros fines biopolíticos (Lessenich, 2020). Sea como fuere, Rosa tiene razón cuando afirma que estas decisiones desaceleratorias de los Estados ponen de relieve la capacidad de la acción política para ponerle coto a la maquinaria “dura como el acero” [*stahlhart*] de la aceleración (tardo)moderna, una maquinaria que, hasta hace algunos pocos meses, aparecía como un poder irrefrenable. Queda abierto, sin embargo, si esta desaceleración voluntaria de corte colectivo puede orientarse a fines antisistémicos o emancipatorios, o si es solo un descanso funcional –o una moratoria– para reponer fuerzas y volver a acelerar en el futuro.

4. Latinoamérica: entre la desaceleración indeseable y la aceleración voluntaria

A modo de cierre, nos gustaría esbozar algunas interpretaciones de la desaceleración en el contexto latinoamericano. En términos *normativos*, la tensión entre aceleración y desaceleración es vista en Latinoamérica de manera muy diferente a como se la percibe en el Norte. En las sociedades del capitalismo avanzado prevalecen iniciativas de distintas orientaciones que abogan por la *desaceleración* total o parcial de la sociedad: por ejemplo, movimientos culturales prolentitud (*slow-food*, *fair-trade*) que desafían el proceso de aceleración desde el consumo y la justicia de mercado, y otros de cariz progresista y ecologista que abogan por el decrecimiento o *degrowth* (Rosa, 2019: 545 y sigs.).

En cambio, en el contexto latinoamericano, marcado por altos índices de pobreza que limitan el acceso al consumo y una gran desigualdad de capitales, parecen haber varias razones tanto culturales como económicas para *acelerar* el cambio social y el crecimiento: la consecución de justicia social, el cumplimiento de reivindicaciones de género, el tránsito hacia economías más desarrolladas, democráticas e inclusivas. En este sentido, hoy en día siguen esgrimiéndose banderas clásicas de la

modernización como el “desarrollo” a través de la industrialización y aparecen nuevos reclamos aceleratorios vinculados a la digitalización y tecnologización de la sociedad. Dichas demandas provienen no solo de movimientos de izquierda, sino también de grupos liberales y de derecha que ven en la dinamización de la sociedad un proyecto a seguir.

En Latinoamérica, sin embargo, también existen movimientos contra la aceleración social como la crítica antiextractivista a la rápida explotación de recursos naturales que no respeta los ciclos de regeneración del suelo ni el estilo de vida de las comunidades nativas que rodean los territorios de extracción. A diferencia de lo que ocurre en el Norte Global, dichas posiciones desaceleracionistas no necesariamente se contraponen con las demandas aceleracionistas: muchas veces conviven con ellas dentro de amplios espacios progresistas que conjugan demandas variadas como la industrialización, el crecimiento, la redistribución de la riqueza, el respeto al medio ambiente y la reivindicación del reconocimiento a los pueblos originarios. Es así como, a través de este breve escrito, hemos intentado dar cuenta de la complejidad de una dicotomía simplista entre la aceleración o desaceleración de la sociedad, abriendo caminos de comprensión mínimos sobre las algunas de las formas que la (des)aceleración toma en diferentes contextos globales.

De esta manera, podemos resaltar que en Latinoamérica la *desaceleración* social tiene, a la vez, connotaciones tanto *negativas* como *positivas* en términos normativos: normatividad *negativa* cuando es criticada una indeseable parálisis de movimientos hacia el desarrollo económico con promoción de mayor justicia social, calidad de vida y reconocimiento mutuo; y, normatividad *positiva* cuando se considera una desaceleración deseable, especialmente ante modos extractivistas de explotación que tienen resultados nocivos para los ciclos de la naturaleza y la vida social. La discusión sobre la ralentización de los procesos sociales posee entonces un tinte paradójico en América Latina: por un lado, se cuestiona el frenético ritmo de vida capitalista (poco respetuoso del tiempo rural, la naturaleza y modos de vida alternativos) y, por otro, se rechaza la esclerosis del *status quo* y la paralización del “progreso” social a nivel cultural, político, económico y jurídico. Siguiendo la categorización que

hemos propuesto más arriba, se articula entonces *una defensa de la desaceleración deseable* con una *aceleración voluntaria* (o quizás voluntarista) de los procesos sociales. Mientras en el Norte Global la pandemia ha consolidado la presencia de discursos desaceleracionistas, el *ethos* latinoamericano habitualmente ha estado más enfocado en la crítica de una desaceleración indeseable en términos de cambio social y político, promoviendo de hecho movimientos de aceleración voluntaria. Y que justificadamente deba seguir siendo así.

5. REFERENCIAS

- Benjamin, Walter (2010). Über den Begriff der Geschichte. *Werke und Nachlass. Kritische Gesamtausgabe, Bd. 19, 1*. Berlin: Suhrkamp.
- Blofield, Merike; Giambruno, Cecilia; Filgueira, Fernando (2020). *Policy expansion in compressed time: Assessing the speed, breadth and sufficiency of post-COVID social protection measures in ten Latin American countries*. Social Policy series N° 235 ECLA- CEPAL.
- Citton, Yves (2019). Ralentizar o acelerar. Algunos dilemas de las izquierdas del siglo XXI. *Revista Nueva Sociedad* N° 279, enero-febrero: 159-171
- Dörre, Klaus (2020). La pandemia del coronavirus: una catástrofe global explosiva. Trad. A. E. Gros. *Astrolabio*, 25, pp. 119-145.
- Dörre, Klaus et al. (2009). *Soziologie – Kapitalismus – Kritik: Eine Debatte*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Lessenich, Stephan (2020). Coronavirus, crisis y crítica. Trad. A. E. Gros. *Astrolabio*, 25, pp. 146-164.
- Marx, Karl y Friedrich Engels (1958). *Die deutsche Ideologie. Marx-Engels-Werke, Band 3*. Dietz: Berlin.
- Rosa, Hartmut (2020a). Corona: Entschleunigung durch die Pandemie. *Apotheken Umschau*, 24/03/2020. Recuperado de <https://www.apotheken-umschau.de/Coronavirus/Corona-Entschleunigung-durch-die-Pandemie-557669.html>.
- Rosa, Hartmut (2020b). Coronavirus: Chance zum Innehalten. *NDR*, 09/04/2020. Recuperado de <https://www.ndr.de/kultur/Coronavirus-Chance-zum-Innehalten,corona2122.html>.

Rosa, Hartmut (2020c). Das Virus ist der radikalste Entschleuniger unserer Zeit. *Der Tagesspiegel*, 24/03/2021. Recuperado de <https://www.tagesspiegel.de/politik/soziologe-hartmut-rosa-ueber-covid-19-das-virus-ist-der-radikalste-entschleuniger-unserer-zeit/25672128.html>.

Rosa, Hartmut (2020d). Wir sind in einem Versuchslabor. *Taz*, 25/3/2020. Recuperado de <https://taz.de/Soziologe-Hartmut-Rosa-ueber-Corona/!5673868/>.

Rosa, Hartmut (2019). *Resonancia: Una sociología de la relación con el mundo*. Trad. A. E. Gros. Buenos Aires: Katz.

Rosa, Hartmut (2013). *Beschleunigung und Entfremdung*. Berlin: Suhrkamp.

Rosa, Hartmut (2012). *Weltbeziehungen im Zeitalter der Beschleunigung: Umriss einer neuen Gesellschaftskritik*. Berlin: Suhrkamp.

Rosa, Hartmut (2005). *Beschleunigung: Die Veränderung der Zeitstrukturen der Moderne*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.

Rosa, Hartmut (En prensa 2020). Pfadabhängigkeit, Bifurkationspunkte und die Rolle der Wissenschaft: Ein soziologischer Deutungsversuch der Corona-Krise. *Berliner Journal für Soziologie*, 30 (2).

Rosa, Hartmut (En prensa 2021). *Aceleración. La transformación de las estructuras temporales en la modernidad*. Trad.: F. Torres. México: Herder.



Boletín del Grupo de Trabajo
Teoría social y realidad latinoamericana

Número 3 · Diciembre 2020